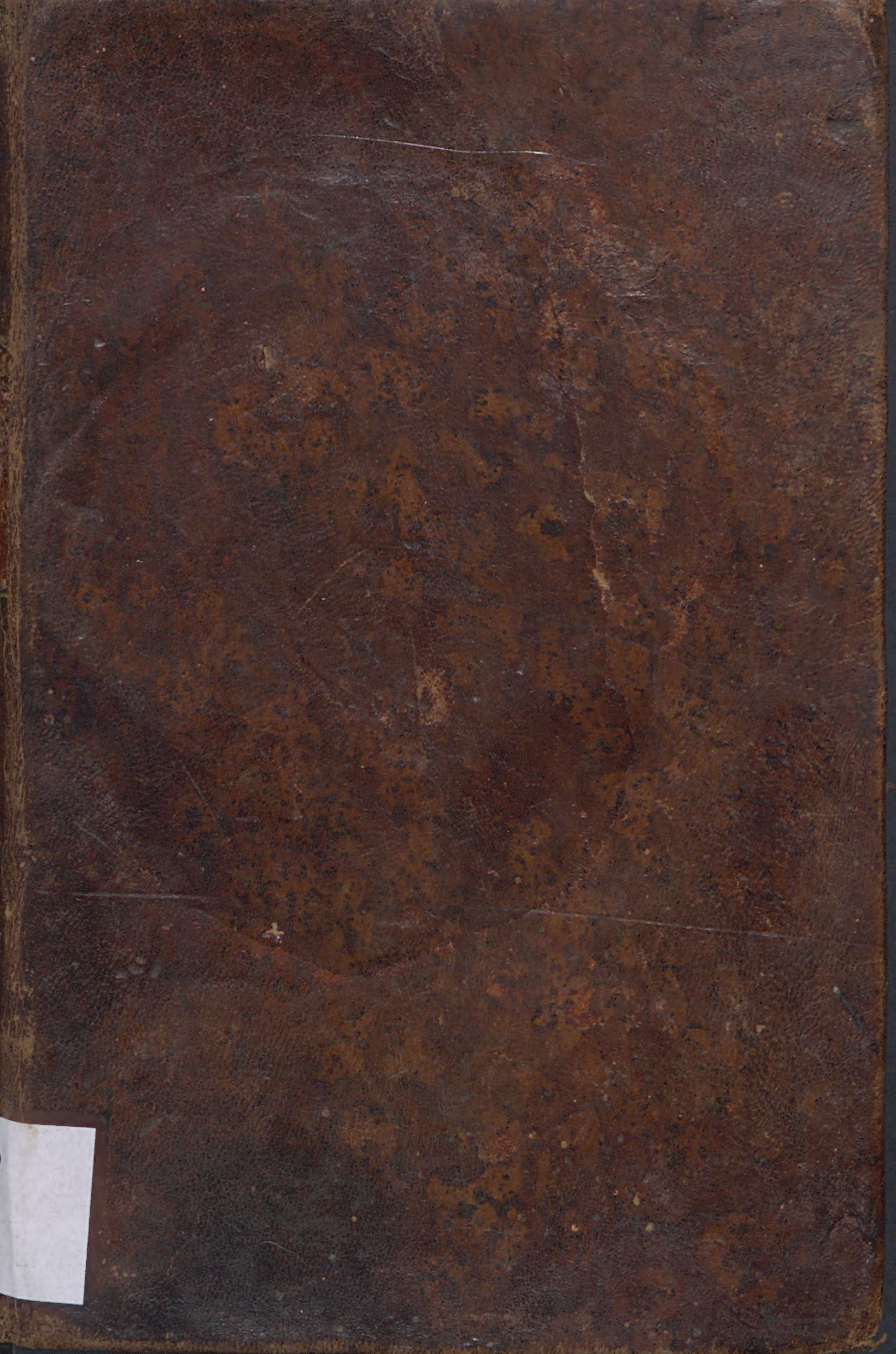
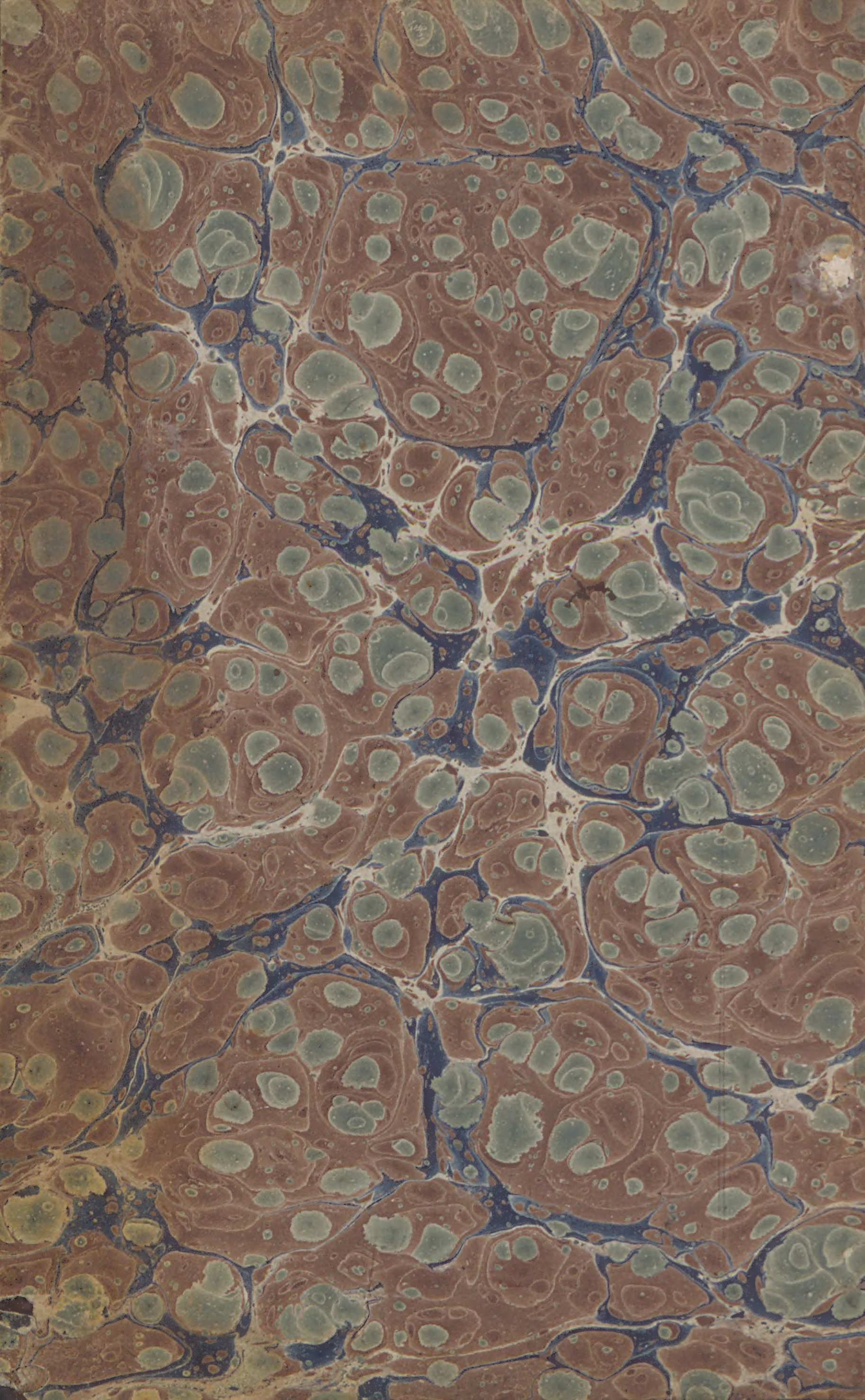
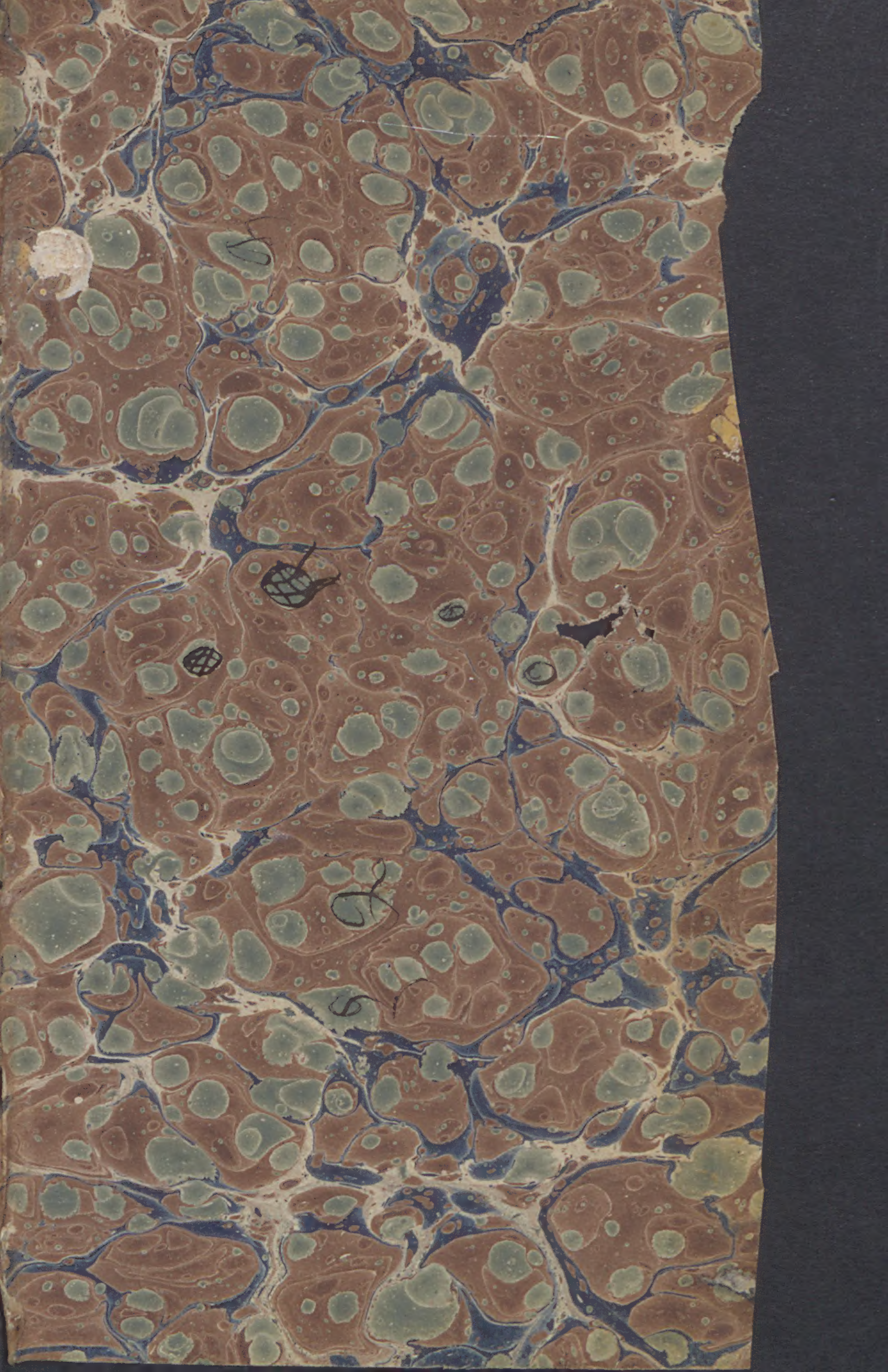








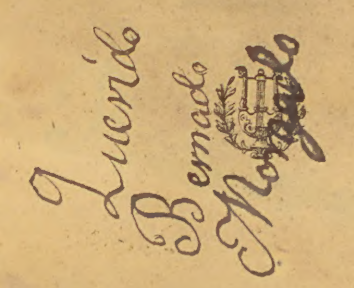


POESIAS ANDALUZAS.

CUADROS DE COSTUMBRES MERIDIONALES,

POR

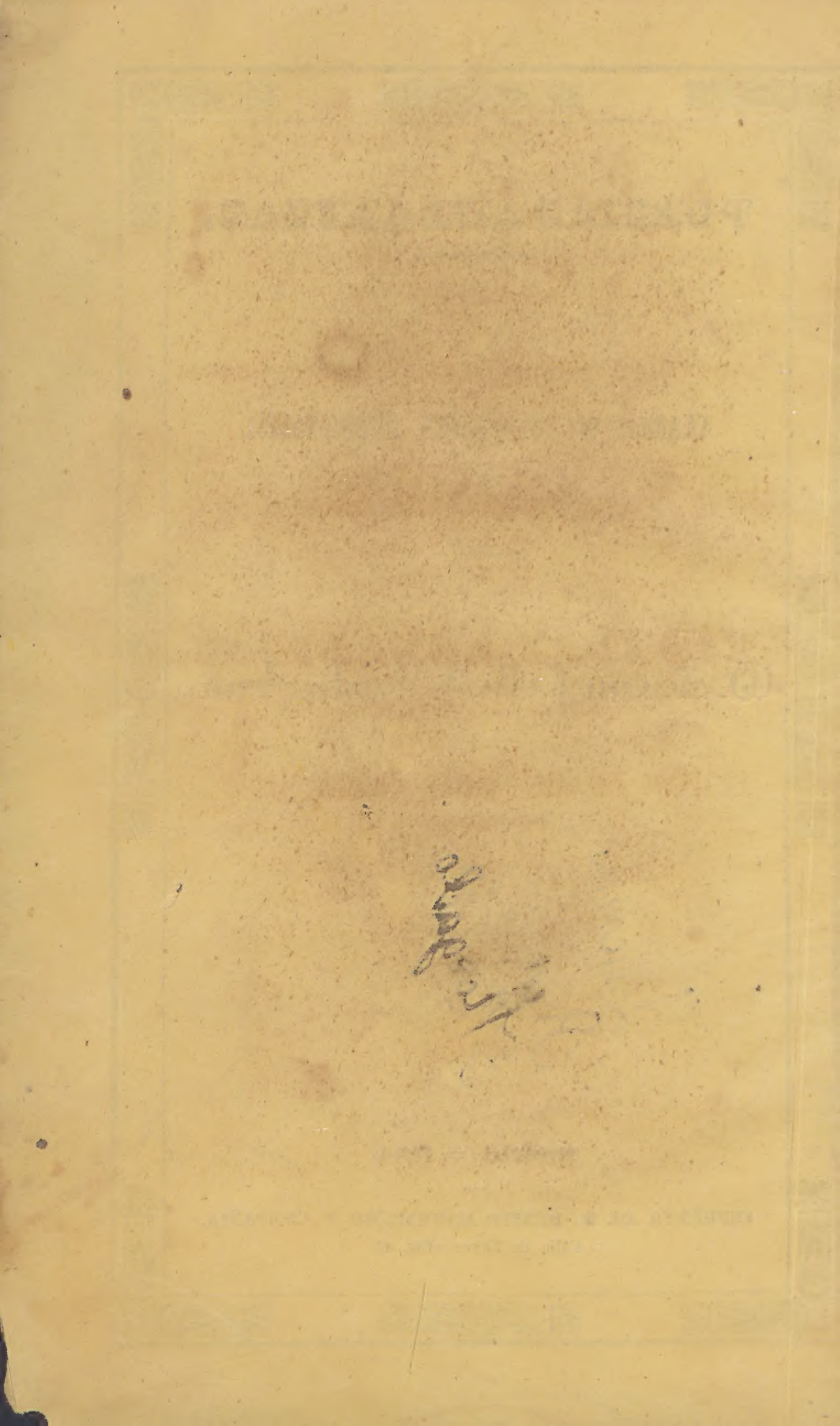
D. Manuel M. de Santa Ana.



Madrid: = 1844.

IMPRENTA DE D. BENITO LAMPARERO Y COMPAÑIA.
Calle de Zayas núm. 43.





ROMANCES

Y

LEYENDAS ANDALUZAS.

CUADROS DE COSTUMBRES MERIDIONALES.

ROMANCES

Y

LEYENDAS ANDALUZAS.

CUADROS DE COSTUMBRES MERIDIONALES

POR

D. Manuel M. de Santa Ana.

OBRA ILUSTRADA CON SESENTA GRABADOS DE VISTAS, TRAGES Y COSTUMBRES DE ANDALUCÍA, POR LOS MEJORES ARTISTAS NACIONALES.



Madrid : = 1844.

IMPRENTA DE D. BENITO LAMPARERO Y COMPAÑIA.
Calle de Zayas núm. 43.







Al Excelentísimo Sr.

Duque de Osuna, etc., etc.

En prueba de consideracion y respeto.

MANUEL MARIA DE SANTA ANA.

Seis años hace que concebí la presente obra, y dos meses escasos que empecé á escribirla. Despues de leerla una y muchas veces he determinado publicarla: no tengo pues disculpa. Conozco sus defectos é ignoro cuales sean sus bellezas. Paréceme en conciencia, que he sido, en algunos casos, demasiado superficial, y que, en otros, he sacrificado la poesía de la diccion á la verdad de las descripciones: de estos pecados me acuso, y pido la absolucion en gracia de mi franqueza. Yo no he tenido otro objeto al escribir esta obra, ni llevo otro fin al publicarla, que dar á conocer bajo su verdadero punto de vista y con su colorido propio, las costumbres especiales de mi encantadora patria, la hermosa Andalucia. ¿Habré llegado al fin que me propuse?... Hé aqui lo que el público sensato y la justa crítica decidirán.

Madrid 1.º de Noviembre de 1844.



UN CONTRABANDO.

Con el chicote en la boca,
y el sombrero hacia la oreja,
y el trabuco sobre el brazo,
y el jaco bajo las piernas,
gusto, regusto y gustazo
de la gente Macarena (1)
iba Pedro de La-Cambra (2)
desde el Ronquillo á Gerena.
A su lado, y sobre un potro,

(1) Barrio estramuros de Sevilla.
(2) Célebre contrabandista sevillano.

cabalga Pablo Centellas,
mozo de arrogante estampa,
gran corazon, buena rienda,
que no abandona á La-Cambra,
vengan riesgos cuantos quieran.

Platicando van de amores,
con la falsa indiferencia
dél que arriesga en la partida
su vida á mas de su hacienda,
cuando resuena un silvido,
y otro silvido contesta,
y otros silvidos se pierden
del monte en las anchas quiebras.

—Mal me güele: dice Pedro,
y arrima al jaco la espuela,
saliendo á todo galope;
Pablo le sigue de cerca,
y en menos que canta un gallo
ambos compadres se encuentran,
entre cien machos cargados
de vino, tabaco y sedas.

—Güenas noches camaráas.

—Nostramo téngalas güenas.

—¿Viene completo el ganao?

—Ojala siempre anduviera
como ahora: porque disen,

que los chineles (1) gorpean
por aquesos andurriales,
y, si no miente Juan Lesnas,
naiya tiene que esta noche
jande la mari-morena.

—Que si no miento?—Tio Paco,
¿sabe uste que ya me apesta
tanta dua sobre dua?
Mariquita sea mi Pepa
si en llegando al Bajondillo,
y en dando un pienso á las bestias,
con la punta é mi naaja,
no le abro las tragaeras!...

—Chitito, y cá uno á su puesto.

—Sea mi amo lo que usté quiera.
Pero siempre que yo jablo
el señó Paco... por señas,
que me lo dijo Tomasa.....
la nieta de aqueya agüela
que vive junto al mercao.....
Vaya mi amo, qué piernas
tiene la chica!... Me dijo,
que en casa de la estanquera,
la prenda de Anton Peroles,

(1) Alguaciles ó guardas.

aseguró el saca-muelas,
que esta noche toa la ronda
viene á dá sobre las bestias.

—Vengan si quieren; Perico
de La-Cambra nunca tiembla,
y, si nó gusca enemigos,
el que lo gusca lo encuentra.





II.

¿De quién son esos machos
con tanta sea?...
Son de Pero La-Cambra,
van á Gerena (1).

—Bien saleroso!

—Que viva
la gente de nuestra tierra!...

—Venga otra copla.

(1) Cancion popular andaluza.

—Otra copla.

—Pues vaya otra copla fuera.

¿De quien son esos machos
con tanto rumbo?...
Son de Pero La-Cambra,
van á Bormujos.»

—Apanda, Pablo, la muy (1),
que en ley de Dios, ni en consensia
está el cáñamo pa hilao;
con que toma la elantera,
y al que te diga Jesú
le hases la mano, y requiescan.
Tu Juan Lesna vé á la cola,
y usté tio Paco á la erecha,
que en la isquierda quea La-Cambra,
y el que aqui asome la jeta,
no hay mas remedio que unsiones,
habla mi charpa... y la entrega (2).

Dice Pedro, y sus palabras
antes que dichas son hechas:
cesa el cantar, y en silencio
sigue su marcha la recua.

---

(1) *Apanda la muy*: guarda la lengua.
(2) *La entrega*: suple, piel.

—Alto allá!: desde un repecho
grita una voz clara y hueca.

—Quién lo manda?

—Quien lo puede.

—Pues á lo claro: contesta
Pablo, montando el trabuco;
y al traves de la arboleda
se divisan diez ginetes.

—Y ¿no hay mas gente que esa?
Muchachos, vamos pa elante.

—Alto allá: con doble fuerza
manda el gefe del resguardo.

—Es que si ustedes se empeñan,
repone Pablo, á sus chanzas
responderá boca-negra (1).

Y en confuso remolino
se confunden y atropellan,
los hombres tras de las cargas,
tras de las cargas las bestias.
Unos, temblando, disparan
sin apuntar la escopeta,

(1) *Boca-negra*: asi llaman al trabuco los contrabandistas.

otros, firmes y serenos;
apuntan, tiran y aciertan.
Acá los valientes votan,
allá los zafios blasfeman,
mientras acullá los tímidos
á mil santos se encomiendan.
Solo La-Cambra tranquilo,
en medio de tanta gresca,
despreciando el vivo fuego
de las enemigas fuerzas,
se dirige al comandante
de la partida y...

—Vergüensa,

le dice, debiera darte,
si tuvieras tú vergüensa,
de venir jasiendo el guapo,
con tanta la morisqueta;
porque el domingo pasao,
cuando te vi en la taberna,
no te endiñé los parneses (1)
con que acaya mi pruensia,
la lengua del intendente
y del resguardo las lenguas.
Toma, tunante, y te aviso
que á la segunda, ten cuenta,
se encarga Pero La-Cambra

---

(1) No te dí el dinero.

de hacerte entrá por verea.»

A las dos horas y cuarto
se almacenaba en Gerena,
limpio de polvo y de paja,
y en casa de la estanquera,
toda la hacienda de Pedro,
mientras del reyno la hacienda,
gracias á sus servidores.....
Pero aqui detente, lengua;
que en los tiempos que alcanzamos
no faltará quien se ofenda.





LA CRUZ DEL MONTE.

(Leyenda.)

I.

Solo el pié y un brazo restan,
de la cruz que hace ocho años
clavó el sacristan de Coria
sobre un negruzco peñasco,
que se eleva entre la villa
y el Guadalquivir cercano:
allí, dicen que está el cuerpo

de un desertor sepultado,
y que su sombra de noche
vaga por aquellos campos.
Ninguno á tales consejas
dá lugar, pero es el caso
que apenas desde occidente
lanza el sol su último rayo
cuando vagando se observa
al rededor del osario
una sombra que á la aurora
desparece hasta el ocaso.
¿Qué melancólica suerte
ha cabido al ser fantástico
que hace de una pobre tumba
su presente y su pasado?
¿Quién es el ser misterioso
que pasa el tiempo y los años
entre una cruz y un cadáver
restos de un ser condenado?
¿Quereis conocer la historia
orígen de asombro tanto?...
Oidla como la cuentan
los pastores comarcanos.

II.

« En la hermosa Andalucía
nunca se ha visto pastora,
mas bella, mas seductora,
que la pastora María.

Amó á Tomás con estremos,
y Tomás la idolatró;
quién de los dos mas amó
fijamente no sabemos.

Mas la suerte incomprensible
hizo opulenta á María,
y Tomás no poseía
mas que un corazon sensible.

Sin esperanza se amaban,
mas se amaban de tal suerte,
que aun mas allá de la muerte
ser amantes esperaban.

Vivir juntos en la tierra
eran sus sueños de gloria,
cuando en los campos de Coria
sonó el clarin de la guerra.

La patria exijió la vida
de Tomás, Tomás partió;
pero en el alma llevó
la imagen de su querida.

En el campo, en la alquería,
de la guerra entre despojos,
siempre tuvo ante sus ojos
los ojos de su María.

Fiel por su patria lidió;
pero supo que su hermosa;
iba á ser de otro hombre esposa
por violencia, y desertó.

Verla, escucharla un momento,
destrozar tan torpes lazos,
y morir de *ella* en los brazos,
fué su solo pensamiento.

Mas vendido, condenado,
ni este consuelo alcanzó;
sin verla una vez murió,
por desertor, fusilado.

María de entonces, loca
no halló tregua en sus dolores,
que el amor, como las flores,
perece cuando se toca.

El sepulcro del soldado
fué de entonces su consuelo,
y unirse pensó en el cielo
con su amante infortunado.

Ya que partir no podia
de Tomás la triste suerte,
junto al umbral de la muerte,
viviendo sola, moría.

De la noche á la mañana
la pastora se ausentó;
si está en el mundo ó murió
ninguno en saber se afana.

Allá por la tarde fria
cuando el viento airado zumba,
resuena sobre la tumba
la dulce voz de María:

Mas haya muerto, ó su nombre
resuene en otro hemisferio,
su destino es un misterio
desconocido del hombre.»



III.

Asi la fúnebre historia
de María y del soldado,
refieren al pasagero
desde el niño hasta el anciano.
Pero no es ficcion, no es sueño
de cerebros ecsaltados
la misteriosa vision,
que impone terror y pasmo.
Es ella, la pobre niña
que en su triste desamparo
tórtola viuda gime
junto al nido de su amado.
Siempre, cuando el sol declina,
lleva sus tímidos pasos,

de su desdichado amante
hácia el lecho funerario,
y con flores le engalana
y le riega con su llanto.
«Despierta cariño mio:
(dice con acento blando.)
No seas sordo á mis clamores
ni á mis quereles reasio.
¿No miras mi triste vía?...
¿No ves mis ojos preñaos
de lágrimas? ¡Ay! Despierta,
ven á mis amantes brasos;
al pecho de tu María
que por tí vive espirando.»

Sucede que el caminante,
pára, al verla su caballo,
para arrojar una piedra (1)
por el alma del soldado;
y entonces la pobre loca
tregua á sus lamentos dando
enjuga la última lágrima
que surca su rostro cárdeno.

---

(1) Una piedra al pie de una cruz, puesta en medio del camino, equivale en Andalucía á un *padre nuestro* rezado por el descanso eterno del difunto.



LA FE DE LAS HEMBRAS.



Quien tiene y gasta, me agráa;
quien no avillela me jiée:
esta es *mi fé*: señó majo,
y es la fé de toa muger.

LA FE DE LAS HEMBRAS.

Mozos hay de media capa
y sombrero calañez,
de esos que tienen el alma
mas dura que Lucifer,
que son mas blandos que el yeso
ante una morena piel.
Un de estos que, por lo chusco,
Malagueño debia ser,
á una moza jonjababa, (1)
exempli gracia:
— Si usté
Suprime la chaneliya, (2)
con tanto mastin gaché, (3)
que segun gusca la oreja
quiere el colmillo meter;
Si no me baila el sorongo
el serení y el chungué, (4)

---

(1) Seducía.
(2) Conversacion.
(3) Hombre mozo.
(4) Bailes andaluces.

contentando á esaboríos (1)
que á probes diez leguas jien;
Y si la basta un güen moso,
desde la chichí al pinré, (2)
que si fuma, fuma habano,
que si mata, mata cien,
que si bebe, bebe rica
manzaniya ó de Jérez,
que estripa un doblon sin mieo,
y que si enamora es
por que le gusta en too juego
tirar de sota un entres,
alse, gachona, ese deo
y al punto verá á sus pies,
con mi presona, mis prendas,
con mi palabra mi fé.»
—Mucha paja y poco grano!
(contesta la chula) Jeh!...
Si usté chabó (3) ser pretende
de mi buque el timoné,
sepa que sin mucha prata
no se aborda este bajél.
Quien tiene y gasta, me agráa;
quien no aviyela (4) me jiée:
esta es *mi fé* señó majo,
y es la fé de toa mujer.

(1) Gente sin gracia.
(2) Desde la cabeza á los pies.
(3) Infeliz.
(4) Tiene.



LA NOCHE DE S. JUAN.

> La de S. Juan en Sevilla
> Es alegre á maravilla.
>
> LOPE DE VEGA.

Bulliciosa es en Sevilla
la verbena de S. Juan,
sin límites su alegría,
sus desórdenes sin par.

En la anchurosa *Alameda*,
y en confusa bacanal,
unos cantan y otros beben,
unos vienen y otros van.

—Quiés guñuelos, saleroso?...
dice una gitana y, zás!
planta sus pringosos dedos
sobre el recien hecho frac.

—La candela, caballeros!...
grita un muchacho.—Tostás!...
¿Quién compra avellanas frescas?...
repite un zafio jayan.

Y aturden los vendedores
con su eterno pregonar;
y un ratero á una señora
toma el pañuelo de olan;
y grita la dama y sale
tras dél *la seguridad*;
y las madres, dicen «hijas!...»
las hijas dicen «mamá!»
y las hijas y las madres
corren de allí para acá,
hallándose pocas veces
y perdiéndose las mas.

El veinte y cuatro de Junio
del año... no digo mas,
que al buen callar llaman Sancho
y es bueno el año callar.

Un veinte y cuatro de Junio
cenaban en dulce paz

junto á los Hércules nuevos,
Juan Rapiña, sacristan
del Salvador, su sobrina
Pepa Molino y Tomás
el Tiñoso tabernero
del cabildo colegial;
mientras cantaba rondeñas
de la guitarra al compás
Juan Carpanta (alias) Mendrugo,
mueble de Pepa, años há.

A una copla sigue un trago
de Sanlucar, y á cantar
vuelve el majo, y los curiosos
se aumentan cada vez mas.

—Hagan corro, cabayeros:
dice un encuerado Adan
á otros pillos, que obedecen
la advertencia fraternal.

—Vaya usté aelante.

—No quiero.

—No empuje usté.

—Hácia allá
jagase la vieja.

—Chito,

ó empiezo á meter trompás:
concluye un guapo, y la chusma
muestras de prudencia dá.

—Que cante el Tiñoso: salta
una vieja, y á la par,
que cante el Tiñoso!, dicen
cuantos presentes estan.

El Tiñoso hombre de forma,
el mejor para fregar
ó barrer, segun lo exijan
las circunstancias, sin mas
que lo dicho, se levanta,
vueltas á su capa dá,
toma la guitarra, apura
de un vaso hasta la mitad,
escupe y canta una caña,
mas triste que un dia sin pan.

Mientras el Tiñoso canta
en sí piensa cada cual:
unos roban, otros beben
y otros, por ejemplo Juan,
se acercan á sus gachonas;
para qué, Dios lo sabrá.

—Pepa? (dice por lo bajo
Carpanta).

—Venga lo emas...
(contesta la buena mosa.)
Qué te píe la voluntad?...

—Que me digas á que hora
te veré mañana.

—¡ Andar,
y que aspasio vive un hombre...
Pues que esta noche no irás
á mi ventana?...

—Se entiende.

—A las dos.

—No hay mas que hablar.

—Cudiao con los dulses...

—Luego
tu ventana me verá
jecho una confitería...
Adios Pepiya.

—Adios Juan.

Y el majo toma el portante,
y el Tiñoso calla, y vá
desfilando tras la chusma
la gente de calidad.

Poco á poco las guitarras
cesan, cesan de sonar
los pitos y tamboriles,
dejando al timpano en paz:
los chicos de la candela
se sientan sobre umbral
de una casa, y las gitanas
descanso á sus lenguas dan:
el viento de norte empieza
terriblemente á soplar,
y apaga una luz, las otras,
por falta de aceyte, van
muriendo; los vendedores
tienden las camas detras
de sus puestos; y á las luces
sucede la oscuridad,
el silencio á los clamores
y en vez de la bacanal,
se oye la voz del sereno:
las dos acaban de dar. »

II.

Andaluz que tieue prenda,
y, por falta de metal,
no puede llevarla dulces
en la noche de San Juan,
se cuelga ó nunca parece
ante su gachona mas.

Y el pobre Juan que no tiene
para dulces ni un real...
¿qué hará en tan terrible apuro?
¿afufarse ó pernear
de un árbol? ¿Pues qué (pregunta
á su capa) me dará
carpetaso esa endinota

porque no la pueo mercár
dulses?— Vamos, no es posible.»
Y en esta esperanza vá
por la calle de la Cuna
hacia la plaza del Pan.

Conforme cada mochuelo
se retira á su olivar,
un ruido de cristales
sordo, pero general
llama la atencion de cuantos
vienen por la calle ó van.

—Chist... chist...

—Al diablu!: responde
un gallego recentál,
insensible al llamamiento
de alguna fregona.

—Juan?...

—Me llamo Marcos: contesta
un marido y, sin hablar
otra palabra, se muda
en busca de su mitad,
que á las dos no ha parecido
bajo el techo conyugal.

Junto á una reja dos majos

comen y hablan sin cesar :
mas abajo una doncella
critica á la vecindad
porque no duerme y la impide
su buen corazon mostrar :
y entre rejas y entre flores
damas hay de calidad,
que tambien pelan la paba, (1)
mal que pese á Barrabas.

Pepa y solo Pepa aguarda
inutilmente ; su Juan
no parece, y yá en su cuerpo
empieza el diablo á bailar.
Pero á poco se oyen pasos ;
mas próximos suenan yá ;
mas cerca luego, y al cabo
llega á la ventana Juan.

— Pepa?

—Si tardas dos creos
no me encuentras...

—De verdá?...

—Cabales : que naide es güeno

(1) Hablar por las ventanas con sus amantes.

pá jaserme asi esperar...
Sabe Dios donde habrá andao
esa personiya.....

— Juan
no tiene vía ni persona
mas que pa su Pepa.....

— Ya!
palabritas é jalea
nunca te faltan pa dar
con mis corajes en tierra.....

— Se acabó?

— Dicho se está.
Que yo no guardo segunda
á naide; pelos al mar.

—Bendita sea tu boca!

— Pa mi boca, señó Juan,
hace ya falta una yema.....

— Es que.....

— Vamos!...

— La verdá:
anoche una perra sota
me dejó sin que comprar

un caramelo.....

—Me alegra
la notisia !...

— Pero...

— Ayá
jágase el hombre escurrío,
que no tiene pa quear
bien con su maja... nagensia.....

— Pero Pepa!....

— A otro portal
hermano con la demanda
porque aquí no hay cariá.

Un portazo en los vigotes
dió á Carpanta la señal
de que Pepa no pensaba
sus disculpas escuchar,
y mirando de reojo
la ventana.....

— Puñalá
de muerte me den, gritó,
si güelvo, perra, á pisar
tus umbrales..... Adios Pepa
hasta el vaye é Josefá. »

—Adios! repitió la chula,

abriendo de par en par
la reja, y vió sin disgusto,
sentado frente á su umbral,
á Tomás el tabernero
dirigiendo á su beldad
seguidillas sevillanas (1)
mas sabrosas que la sal.

—Pájaro que asi sus quejas,
dice Pepa, sabe dar,
bien merece que una moza
lo escuche con caría.
Al fin se decide y llama.
Tiñoso?...

—Pepa?...

—De mas
tienes un dulse?

—Quinientos
pa tí sola!

—Bien está.
Me quieres?

—Que si te quiero!
Y te atreves á duar

(1) Véase la cancion núm. 1.º

de mi cariño? Canario!...
Ni Gayferos ni Roldan
me ganan. ¿No sabes Pepa
que hase toa una eterniá
que te quiero con faitigas
color de caña?...

—Serás
constante?...

—Como la oja
al cabo de mí puñal.

—¿Te hase falta corason
pa resibir ó pa dar
cuatro puñalás á un hombre,
si se ofrese?...

—Por tu sal,
poco fué Francisco Esteban
cuando yo empiese á matar.

—Pues tuya soy.

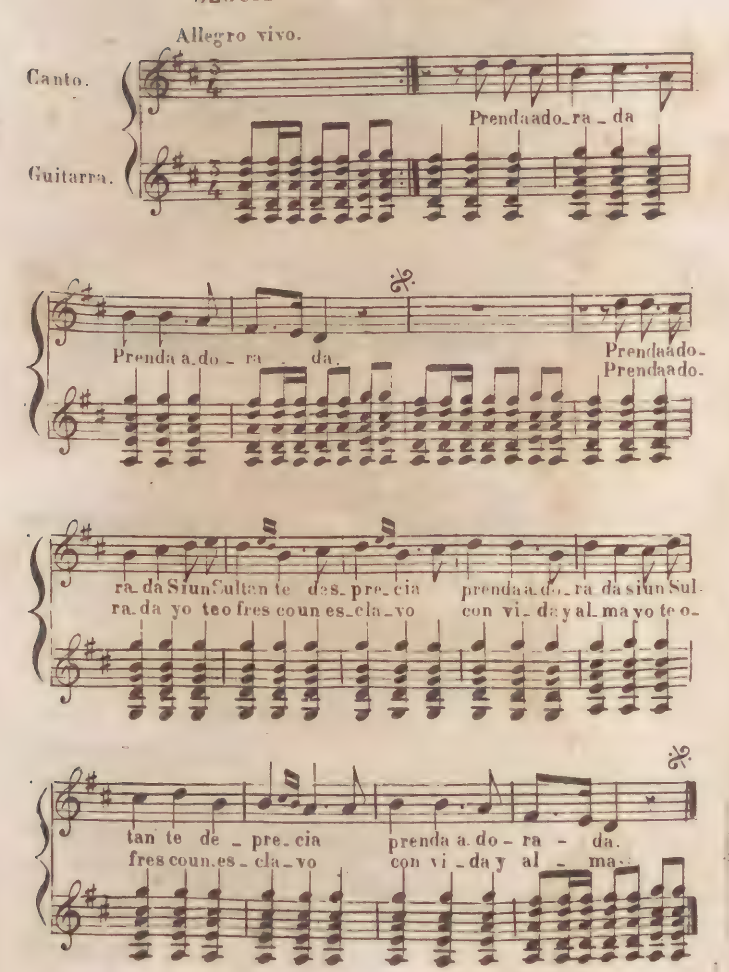
—Mientras viva
yo tu esclavo, que no habrá
quien mas que yo te obeesca
ni quien te camele mas.
Lo dicho: serás mi reina
hasta el morir...
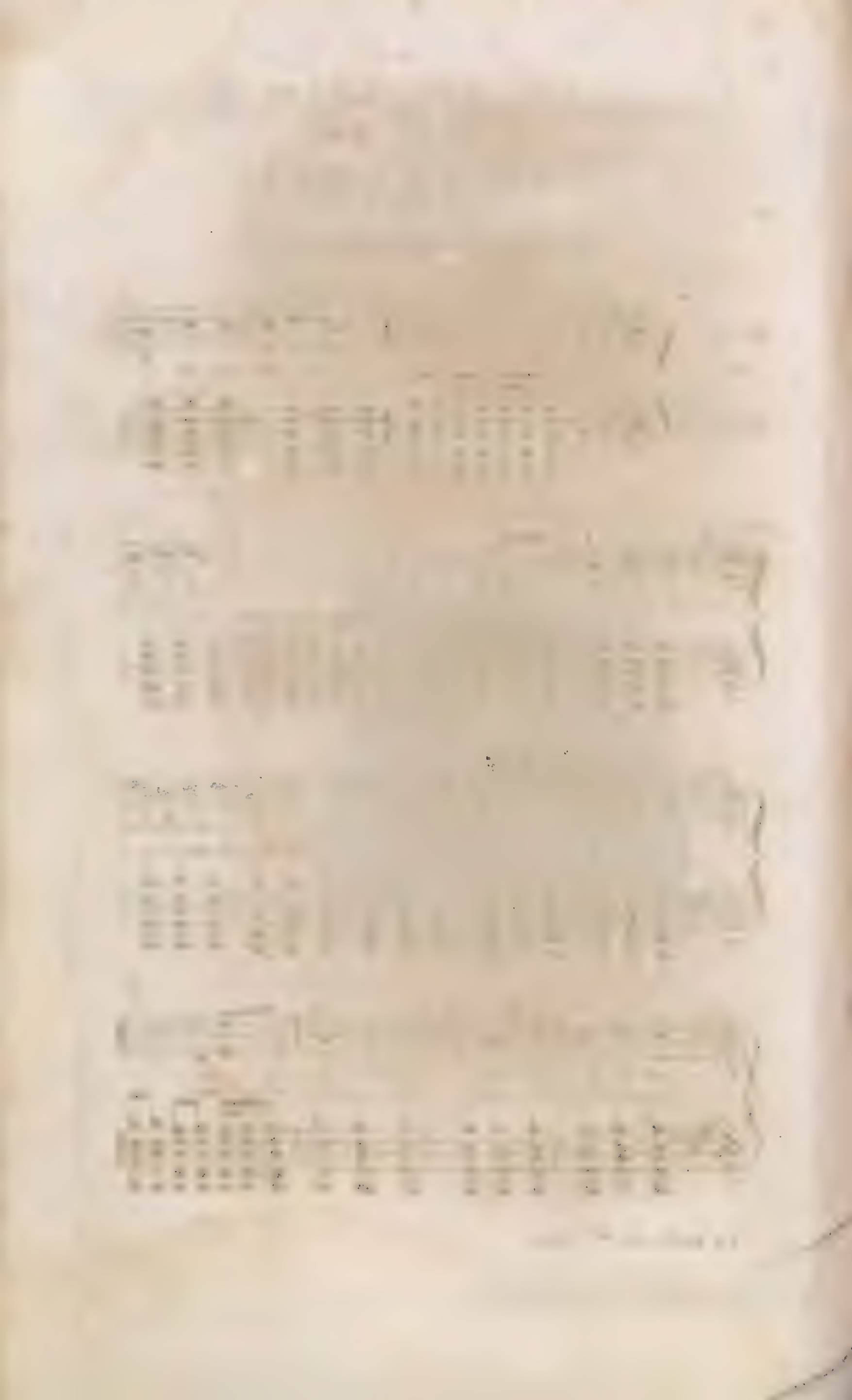
Y allá van
los amores de Carpanta
y de Pepa la lealtad,
por un puñado de dulces
en la noche de S. Juan!



CANCION N.º 1.º

SEGUIDILLAS SEVILLANAS.







UN AMOR EN TRES JORNADAS.

PRIMER MES.

Sea mi alma lo que usté quiera:
(dijo á su chula un torero.)
Arrepuraiyamente
tengo yo, cariño, un genio
mas dulse que un alfeñique...
Si á usté dá golpe el jaleo,
escuaérnese, mi reyna,
hasta que yo diga, güeno.

Quiée usté una saya? — la prata.
Una peineta ?... : el dinero
que pa eso este gachon
lo aviyela (1) y no es gayego.
Ni el que usté mire á un güen moso,
con ojos saragateros,
me importa seis marandises... (2)
Lo dicho, dicho : mi genio
es mas suave que una malva
y usté manda y yo obeesco.»

---

(1) Aviyelar : tener.
(2) Maravedises.

SEGUNDO MES.

—Aspasio, mi prenda, aspasio,
tome en el peir risueño.
Otra saya?—Vaya en gracia.
Otra peineta?—Con tiento...
¿Sabe usté si é pesos duros
tengo cosecha, salero?...
Y despues, pá que la taifa (1)
ande royendo mis güesos,
sobre si gasto ó no gasto,
sobre si tomo ó si dejo!—
La verdá, lux é mis ojos,
güeno se estará lo güeno,
mas me jase poca grasia,
que ande usté siempre é bureo,
dando á los puros, jariya, (2)
y á mi presoniya, selos! »

(1) Reunion de pillos.
(2) Dando conversacion á los viejos ó tontos.

TERCER MES.

—Hasta aquí yegó y ná mas :
güeso fuera ó carne aentro,
que ni gusto é templar gaitas,
ni este mi bendito genio
se acomoa fasilmente,
á tanta groma y jaleo
como ese cuerpo le píe...
Si á usté la priva mi dueño,
una peineta cáa dia,
y un güen vistío cáa creo,
y un quiribó (1) cáa minuto
que la aquere (2) chicoleos,
güsque otro moso mu blanco,
porque este moso mu negro
por la puerta vá á la caye,
si que hayga chispita é mieo,
que güelva pa atras la cara
hasta el vaye de los muertos.»—

(1) Mozo.
(2) Diga.



Nueva relacion y curioso romance donde se cuenta la vida y hazañas del guapo **FRANCISCO ESTEVAN** (1).

PRIMERA PARTE.

Emperatriz de los cielos,
madre de Dios Soberana,
lumbrera del firmamento,
tu amparo dame y tu gracia,
para revelar al mundo

(1) Imitacion *servil* de los antiguos romances populares.

las inauditas hazañas,
del sol entre los planetas,
de la rosa entre las plantas,
del leon entre las fieras,
y entre las aves el águila,
del guapo Francisco Estevan
gloria del mundo... y de España.

Nació Francisco en Lucena,
de valientes noble patria,
hijo de padres gallegos,
segun las historias cantan.
Quiso aprender á cestero,
pero tuvo unas palabras
con el maestro y, despues
de romperle las quijadas,
salió huyendo y no paró
hasta la ciudad de Málaga,
donde en los tercios del rey
voluntario sentó plaza.

De Málaga á Cartagena
fué de guarnicion su escuadra,
y allí, fama de valiente
cobro, sin mentir la fama.

Una noche el enemigo
intentó asaltar la plaza,
y solo Francisco Estevan

deshizo la encamisada,
matando doscientos hombres
con gefes pitos y cajas.

Otra vez le entrecojieron
diez hombres de pelo en barba,
sobre no sé qué mozuela,
y en menos que un cura canta
el credo, desbarrigó
de los diez los nueve, y gracias
que dejó al uno con vida
para referir la hazaña.

En otra ocasion estando
de vigia en la muralla
vió venir una galera
de moros, y bala á bala
mató á cincuenta y dejó
color de sangre las aguas,
y quince meses despues
de Cartagena en las playas
mas que á pescado sabía
el salmon á sangre humana.

Por estas y otras proezas
pronto logró la alabarda
de sargento; mas un día,
que en presencia de unas damas

le ultrajó su capitan,
él, que á nadie sufre ancas,
con desprecio contestó;
y porque arrestarlo manda,
con el gefe y con la tropa
emprendió luego á estocadas
y á este mato á este perdono
se huyó y ahorcó la casaca.

Libre ya de las alcuzas (1)
volver pudo á las andadas.
En Cartagena cobró
los cuartos; volvióse á Málaga,
y al valiente *Bocanegra*
dejó una noche sin alma.
Marchó á Granada despues
por saber que allí campaba
el *Guapo de Santäella*,
y á las primeras mojadas (2)
pidió el Guapo confesion,
y Estevan dejó á Granada.

No sacó mejor despacho
en Alicante otro mandria
que robar quiso á Francisco,

---

(1) Los arreos militares.
(2) Nabajazos.

porque sin decir palabra
con el rejón lo clavó,
al quicio de una ventana,
por la uña del deo gordo,
sin tocar la carne en nada.

De vuelta á Lucena vió
una noche á cierta maja,
de veinte y cinco cumplidos,
mas con tantísima gracia
que era un saladero andando
segun la sal derramaba:
chica de cuerpo, gordita,
morena y bien empernada,
los hombres la perseguian
y las mugeres la odiaban.

Mas sacó Francisco Estevan
á lucir sus esperanzas
y los hombres y las hembras
anudaron sus gargantas.

Envidó Francisco el resto,
y la niña, sin tardanza,
contestó: —quiero y me voy
de seguida á la baraja.»

Casóse Francisco en martes,
y antes de las dos semanas,

entendió que un chulo hacía
la ronda á su prenda cara,
y apenas quedó seguro
de la traicion de su chaira,
á los profundos infiernos
mandó de un tiro dos almas.

La justicia acudió luego,
trabose pendencia larga;
pero al fin herido Estevan
que entregar tuvo las armas,
despues de haber empedrado
con cabezas quince varas.

Merced á los protectores
que le grangeó su fama
pudo Francisco escapar
de la penca y de la escarpia
pero *la Sala del crimen*
le condenó á que remara
sin sueldo ni prez diez años
en las galeras de España;
donde vamos á dejarle
mientras que la virgen santa
nos presta su luz y amparo
para acabar la jornada.



SEGUNDA PARTE.

No hay tinta, papel, ni pluma,
buril, ni fuerzas humanas,
para seguir describiendo
de Francisco las hazañas;
mas con la gracia divina
supliré mi ciencia escasa.

Ya dije en la primer parte
como dispuso *la Sala*
que purgase en las galeras
Francisco Estevan sus faltas.

Dos meses y cuatro dias
duró no mas su desgracia,
porque cansado de hacer
vida tan aperreada,
una noche saltó en tierra
con otros seis camaradas,
y trocando sus cadenas
por alamares de plata,
sus doblones por caballos,
y sus pesetas por cargas
de tabaco, hacia Alicante
encaminaron sus plantas.

Quiso la mala fortuna
que mientras Curro agenciaba
la venta, los metedores
se encontrasen con los guardas
y dejasen en sus uñas
con las personas las cargas.

Supo Francisco el suceso,
y que en pública subasta
había el juez de contrabandos
vendido hasta las albardas,
y cogiendo su trabuco
y colgándose la charpa,
en el despacho del juez
se entró sin decir palabra.

Quiso el juez pedir socorro,
mas Francisco que esquibaba
derramar sangre, le dijo:
si destapa usía la gaita
le abro una puerta en el pecho
mayor que la de Triana. (1)
Lo que yo pretendo es
que me pague en buena plata
mi tabaco, y que mi gente
fuera de la carcel vaya.»

—Se hará como usted lo pide:
contestó el juez;—y hacia Cabra,
con su plata y con su gente,
Curro volvió las espaldas.

Tuvo noticias Francisco
que en Cádiz se murmuraba
de que para sus empresas
siempre buscaba compaña.

No necesitó su arrojo
espuela mas afilada:
fijó un puesto de tabaco,
en la esquina de la plaza
de San Antonio, sin mas

(1) Puerta magnifica de Sevilla.

compañero que su charpa,
y á despecho del resguardo
despachó la última paja.

Pero un soplon, que enemigos
nunca á los valientes faltan,
descubrió el nido y se halló,
de la noche á la mañana,
Francisco, descaminado, (1)
sin amigos y sin plata.

Entonces se echó Francisco
el corazon á la espalda.

Montado sobre una yegua
de piel negra y piernas largas,
ni los pájaros del cielo
de sus uñas se escapaban.

Robó carros y galêras,
saqueó ventas y casas
de campo, cobró pensiones
hasta de grandes de España,
y fué el ladron mas famoso
que corrió la tierra baja.

Sucedió que el Asistente
de Sevilla, D. Juan Cánobas,
ofreció dar treinta onzas

(1) Así se llaman á sí propios los contrabandistas arruinados.

al que vivo lo entregara,
y Francisco que lo supo
pensó la mayor hazaña
que referirán los siglos.

A las diez de la mañana
entró en Sevilla, buscó
del Asistente la casa
é hizo pasarle recado
que un sugeto le esperaba.

Hallábase el Asistente
rodeado de sus guardias
y Francisco sin turbarse
le dirigió estas palabras.

—Treinta onzas ha ofrecido
vuecencia al que presentara
con vida á Francisco Estevan,
pues yo gané las medallas
porque vivo me presento
á reclamar la ganancia.»

Alborotóse la gente
mas Francisco dijo: calma
que á ninguno dejo hablar
antes de tomar la paga.»

El Asistente admirado
de una accion tan arrojada,
sin vacilar accedió

de Francisco á la demanda
diciendo: pues lo has ganado
toma y vete. — Muchas gracias:
contestó el guapo, y salió
por enmedio de la sala,
con el sombrero calado
y hasta los ojos la capa.

Tarde á veces la justicia
del Señor al hombre alcanza,
mas tarde ó temprano llega
y á hierro muere el que mata.

Estaba una tarde Estevan
apurando cuatro cañas
de manzanilla, en la venta
mas acá de Dos-hermanas,
cuando diez carabineros
llegaron á la posada.

No temió al pronto Francisco
mas viendo que rodeaban
la casa toda, tembló
por primera vez su alma.

Quiso violentar la puerta,
y una traicionera bala
le partió el brazo derecho

y le puso entre las garras
de la Audiencia de Sevilla,
azote de gente zafia.

Escaso tiempo duraron
los trámites de su causa.
Lunes nueve de noviembre
dió al verdugo su garganta
de los valientes llorado
y sentido de las damas.

Y aquí de Francisco Estevan
la vida y hechos acaban,
esperando del lector
perdon para nuestras faltas.





EL DIA DEL SANTO.

Un *corral* es, en Sevilla,
una casa en la que hay tantos
cuartos como matrimonios,
é inquilinos como cuartos.

En una misma vivienda
duermen juntos y hacinados
el marido y la muger,
el niño, el perro, y el gato.

Cada dia, por su turno,
está un vecino obligado
á barrer las escaleras,
á encender la luz del patio,
á fregar los lavaderos,
ó á pagar luz y fregados.

A las diez en el invierno,
y á las once en el verano,
se hecha la llave al postigo,
que permánece cerrado
hasta las cinco ó las seis,
segun la estacion del año.

Para sostener el órden
entre dominios tan vastos,
el amo del *corral* nombra,
previo informe ó padrinazgo,
un matrimonio sin hijos;
el marido licenciado
de ejercito, y la costilla
muger de puño y de taco,
tan buena para emprender
con un vecino á sopapos
como fiel para cobrar
el alquiler de los cuartos.—

Aparte de las pendencias

entre sastres desastrados,
que vienen á reducirse
á unos pocos agujazos:
fuera de las borracheras
de un zapatero, y los palos
que á tientas sacude un ciego
seguro de dar en blando;
si de mozas y galanes
las desazones callamos,
nunca se salen de quicio
los *corrales* sevillanos,
sino al celebrar el dia
de la casera ó del amo.

Pero llega el Santo, y Dios
tenga al corral de su mano!

Apenas el alba asoma
tras del oriente, el cotarro
se alborota, las mugeres
gritan, lloran los muchachos,
maldicen los dormilones,
gruñen los maridos mansos,
y hombres, mugeres y niños,
cochinos, perros y gatos,
bajan á ver al casero
que de tanto amor pagado,
derrocha aquella mañana

mas que ganó en todo el año.

—Pepa?: grita desde arriba
un cerero, y desde abajo.....

—Qué tripa, dí, te se ha roto?...
contesta la chula al majo.

—Los calsones.

—Todavia
no están cosíos.

—Ca...nario!

—Pasensia, que lo primero
es primero.....

—Señó Paco,
baje usté y tome una ubita:
dice el casero mediando.

—Si esa endina me hubiea dicho
que usté yamaba...

Y de un salto
el Señor Paco en camisa,
de pies y piernas descalzo
baja á dar los buenos dias

y á tomar contento un trago.—

—Que los tenga usté felices.

—Grasias Juaniya. Y el cabo
de provinsiales?...

—Se ha dío
á la revista trempano,
pero á la noche vendrá
pá bailar conmigo un rato.—

—Juan Tirapié! toma un sorbo.

—Señó casero no gasto.

—Toma un sorbo, y no me jagas
un desaire...

—Venga el vaso...
Por los dos...

— Asi me gusta.

Si en la caye te he dejao
dos noches, no es mía la culpa:
á las onse manda el amo
trincar la puerta y despues
ni al niño Jesus le abro.»

Por la tarde es otra cosa;

junto al pozo congregados
todos los vecinos lucen,
mugeres y hombres sus trapos.

Una veintena de sillas,
con algunos cojos bancos,
sucios, bajos y pequeños
constituyen el estrado.

Llega el *tocaor*, le ofrecen
el mejor sitio y un vaso
de Manzanilla, sin ruegos
lo admite todo volando,
toca y canta malagueñas,
y empieza luego el sarao.

Pepa baila con Juanillo
y Juanilla con el cabo
de provinciales; la broma
toma cuerpo, corre el caldo,
y brindan porque el casero
viva cuatrocientos años.

Pero sucede que Pepa
hace un renuncio bailando,
lo advierte Paco y se acerca
al militar, hablan bajo
primero, despues mas fuerte,
y á grito despues pelado.

Alborotase la chusma,
y entre gritos encontrados,
cada cual toma partido
por su pariente ó su hermano.

La guitarra se hace añicos,
vuelan botellas y vasos,
y bancos, sillas y mesas,
van por el suelo rodando.

Entre tanto Pepa y Juana
se agarran como dos gatos,
se arañan, muerden y acosan
hasta que una cáe debajo.

Pepa que sale triunfante
levanta á Juana el refajo,
y la aplica dos docenas
de azotes con un zapato.

Chilla Juana, su marido
de su suerte lastimado,
empuña el hierro, la gente
corre, quedan sobre el campo
tirandose puñaladas
los dos maridos, y el cabo
atraviesa la tetilla
de su temible adversario:

sale el asesino huyendo,
viene el alcalde del barrio
con la guardia mas cercana,
prende al bueno, libra al malo,
y aquel lugar de delicias
momentos antes, trocado
queda en lugar de tormento
para muchos desgraciados.





Vista de Cadiz.

DESPEDIDA.

A M. G.

Adios que me voy de Cádiz,
de sentimiento yo lloro.....
Adios barrio de la Viña,
Plazuela de S. Antonio.

(*Canto popular.*)

Rosa, á Ceuta por diez años
mi perra suerte me embía.....
Dios perdone á la real mosa,
causaora é mis desdichas!.....

¿Te acuerdas Rosa del majo,
cara de chupa—torsías,
que se atrevió á requebrarte,
junto al barrio de la viña?—
Pues esa mona encontró,
por respuesta, en la tetiya
una cuarta de lenguao
que lo tendió pansa arriba.

Vino la guardia, prendiome,
y, entre fariscos y escribas,
á presiyo por diez años,
como te he dicho me embían.

Por tí Rosa, por tu gracia
presa yo el alma tenia,
y entre caenas el cuerpo
tambien por tu sal se mira.

Por tí no verán mis ojos,
en diez años de faitigas,
los terrunos de Chiclana
ni del Puerto las marismas!

Mas ¿qué importan estos males
si los comparo, mi vida,
con el mal de abandonarte
por diez siglos?—¡Mala víbora
pique al juez y al escribano

que asistieron á la vista
de mi causa, y mala bomba
los pegue contra una esquina!

Ya no irás, Rosa del alma,
sentada tras de mi silla
baquera y sobre mi tordo
á la feria de Lebrija.

Ni embosaos, yo en mi capa
y tu Rosa en tu mantilla,
iremos ya á Puerta é tierra
á merendá pescaiyas
vivitas, con aseitunas
gordas, morás y partías.

Ni en los bailes del tío Roña
bailaremos seguiiyas
punteás con castañuelas
y guitarras!.... Rosa mía,
si tanto pierdo, si tanto
me cuestan las ansias finas
con que te camelo, paga
con tu constancia mis cuitas:
que no me jagas traiciones,
porque, entonces, no te libra
la caría de un jabeque
en la mitá de la fila.

Adios Rosa, adios morena
de mis ojos!—Persuadía
pues quear, que mientras yo
en Cádiz ó en Ceuta viva,
no te faltará un gachon
que te quiera con faitigas,
un braso que te defienda,
ni un corason que te rinda,
su sangre por un recuerdo
y por un beso su vida.



ALLA VAMOS TODAS.

—¿Te parece, sarrastrona,
cara de pescao podrío,
que yo aguante tus tapujos?
(dijo á Ignacia su marido.)
¿Parese bien que yo juegue
al esconder con el niño,
que te sigue á toitas partes
sin asomá los josicos?...
¿No aprendes de la maáma
de enfrente?—¿Cuando ha salío
á la caye sin su esposo,
si es que dá el braso á un amigo?...

—¡ Ay Pablo, (contesta Ignacia,
haciendo un gracioso guiño;)
si la señora de enfrente,
tiene previlegio antiguo
de pasear con su majo,
mientras su mesmo marío
yeva, detras, la sombriya,
el perro y el abanico;
¿qué encuentras Pablo de estraño
que hagamos rumbo distinto,
si unas tememos la solfa
de los agravios que hisimos,
y otras, con la luz del dia,
puéen lusir su San-Benito?...

Cada cual, Pablo, á su moa
mata pulgas y mosquitos;
pero en picando de veras
ayá vamos todas, hijo.



LA VENGANZA DE UN BANDIDO.

(Leyenda.)

—«Mal haya el hombre que fia
de las jembras en la fé!
¡Mal haya la suerte mia!
  Pepa!..... Pepa!.....
¿Porqué tu labio juraba
quererme mas que á un divé, (1)
si tu labio me engañaba»?.....

(1) Dios.

« ¿Porque adorarme desias
si otro amor era tu encanto?.....
Si al fin burlarme querias,
mala jembra!
¿por qué me desias cariños,
capaz de tentar á un santo!
con tu palique y tus guiños »?

« De mi te has burlao! corriente:
Me has dejao sin esperansa!
algo mi pecho lo siente...;
Mas traiora,
de tu corazon, veleta,
pronto tomará vengansa
mi gustaso y mi escopeta.

Aquí, en la montaña triste,
soy el rey; si tengo empeño
nada á mi furia resiste.....
Asesino,
sin rason nó me has yamao?
Seré asesino, y tu dueño
en caminos y en poblao.

Y ese tu esposo querío,

ese que por rico hayó
lo que por probe he perdío;
si es cristiano,
que se encomiende al Eterno;
porque en trincándolo yo
pase le doy pá el infierno.

II.

Quien así vengar juraba
sus ultrages, era un niño
de veinte á veinte y dos años,
pero de rostro curtido,
frente ancha, negros ojos,
poco bozo y muchos brios.

Sus quejas dicen su historia:
quiso á Pepa Basilisco,

y Pepa á Francisco Lopez
la mano dió por mas rico.

Sebastian Conde, tal era
del muchacho el apellido,
celoso y desesperado,
hirió en el pecho á Francisco
cierta noche, y le dejó
milagrosamente vivo.

A esconderse precisado
viviendo siempre entre riscos,
maldiciendo su fortuna
y de venganza solícito,
su buen natural viciose,
y en medio de los caminos,
pronto exigió al pasagero
si no la vida el bolsillo.

Estaba, Sebastian Conde,
al punto que dá principio
nuestra historia, recostado
sobre el borde del camino,
la vista puesta en el cielo
y la mano en el oido.

Eran las dos de la noche;

y en la iglesia del Ronquillo
acababan las campanas
de convocar los vecinos,
para la misa de aurora
segun costumbre de siglos.

—Pronto saldrá la endinota
(dijo Conde) pá el cortijo;
mas si sale, que no güelve
hoy á su pueblo yo afirmo.....»

Pasó mas de media hora
sin dar señales ni indicios,
Sebastian de tener vida,
ni un pasagero el camino.

Luego sonaron pisadas
de caballo y el ruido
se aumentó, viéndose al cabo,
y de la senda al principio,
una muger á las ancas
y un hombre en la silla erguido.

Sebastian se levantó,
y puso tras de un olivo,
con la escopeta en la mano

y el dedo sobre el gatillo.

Pasaban los dos esposos,
como ignorantes, tranquilos,
y Conde se preparaba
á consumar sus designios,
cuando la luna, saliendo,
evitar un crimen quiso.

Largo tiempo se miraron
sin hablar los enemigos:

Pepa callaba, y su amante,
los ojos en Pepa fijos,
parecía que no hallaba
valor, en su pecho herido,
para consumar la obra
que imaginó vengativo.

—Abajo! (dijo por último,
de su flaqueza sentido;)
y Pepa y Lopez se echaron
temblando por el camino.

Nuevas dudas y temores
asaltaron al bandido;
mas sus males recordando,

recordando su destino,
se echó al rostro la escopeta,
dispuesto á cegar de un tiro
las esperanzas en flor
de la muger y el marido.

III.

Iba á vengar sus enojos
Sebastian, cuando volvió
la vista á Pepa, y notó
secos de Pepa los ojos.

¡La victima no debia
á su insensible mitad,
ni esta señal de piedad,
cuando por su amor moria!

Cerca Lopez de la muerte,
viendo tambien sus agravios,
renegó con torpes labios
de su desdichada suerte.

Maldijo, con fé sincera,
hasta el punto en que nació,
y el momento en que eligió
tan infame compañera.—

Entonces un pensamiento
cruzó por la mente inquieta
del bandido, y su escopeta
descargó tranquilo al viento.

—Vengarme de tí anhelaba
(dijo con satisfaccion,)
mas tu desesperacion
me venga mas que esperaba.

Darte la muerte quería
mas fuera vengansa corta,
cuando vivir no te importa
poner fin á tu agonía.

Vive con la retrechera
que provocó mis enojos,

y que vió con secos ojos
avansar tu hora postrera.

Vive, que yo la esperansa
conservaré en mi agonia,
que tanto como tu vía
ha de durar mi vengansa.







Á LOS TOROS!!!

A mi amigo Rubí.

Curra, la moza mas curra
de las mozas de mi tierra,
con mucha sal en la cara,
mucho garbo en las caderas,
mucha plata y mucho rumbo

por sus muchísimas prendas,
un lunes, tarde de toros,
aguarda con impaciencia,
de veinte y cinco alfileres,
á su gachon Juan Lanceta,
barbero de profesion
junto al barrio de la Feria.

Viste Curra una basquiña
de alepin, angosta y negra,
y golpes lleva en los puños,
y en los hombros charreteras
de caireles, y en las faldas
flecos de joyante seda.
Una rosa y dos claveles
su cara trigueña besan,
y cruzan sus negros rizos
horquillas de cinco tercias.

Gargantilla, de corales;
pendientes, de claras piedras
de Francia; mantilla blanca
caida hasta las caderas;
guante calado; abanico
de marfil; peina de teja;
medias de seda y zapatos
verdes su adorno completan.

Ya el calesin se divisa,
ya las campanillas suenan,
y resuena el empedrado
bajo el peso de las ruedas.

Entre ladridos de perros,
y maldiciones de viejas,
y gritos de vendedores,
llega y para la caleza.

Sube Curra; en el pescante
el calecero se sienta;
tiende el látigo; el caballo
corre; cubrénse las rejas
de envidiosas que murmuran
lo que hacer no pueden ellas,
y hácia la Plaza de Toros
caballo, gente y caleza
van dando vueltas de modo
que es milagro si no vuelcan.
. . . .
. . . .

Ni César ni Carlo-Magno
mas orgullosos se vieran,
de la purpura vestidos
sobre el trono de la tierra,
que al lado de su gachona

se columpia Juan Lanceta,
vestido á la jerezana,
sobre la humilde caleza,
con sombrerillo de alcuza
inclinado hacia la oreja,
pañuelo y faja celestes,
calzon y chaqueta negra,
chaleco color de caña,
y blanco botin de suela.

Milagrosamente sana
llega al Circo la pareja;
Juan salta y recibe á Curra
en sus brazos, pagan, entran,
y en un andamio de sombra,
próximo al toril se sientan.

Entra el despejo y la chusma
cede á los chulos la arena.
Suena el clarin, sale el toro
de *estampía*, pára, llega,
y uno tras otro, la gente
de á caballo pica y rueda.

El clarin suena de nuevo,
y banderillas sin cuenta,
puestas *de frente* (1) *y recorte*

(1) A topa-carnero, como diría un perito.

la cerviz del vicho pueblan.
Tercera vez el clarin
hace de matarlo seña,
y el *diestro* tiende el capote
y recelosa la fiera
ascos haciendo al engaño,
escarfa, bufa, patea,
se columpia, *busca el bulto*,
corta el terreno y se cuela:
el diestro se embroca largo
para evitar contingencias,
y á una *baja recibiendo*
pára el vicho, ruge, tiembla,
recula, la cerviz dobla,
pierde pie, muerde la tierra.

A una fiera de sentido
sigue un vicho sin cabeza,
blando al palo y que *se crece*
con el castigo ó *se mengua*.

Entre col y col, lechuga,
dice un refran, pero en fiestas
tales, entre toro y toro
mas que lechugas, botellas.

Concluye al fin la corrida
y unos sus lances motejan

y otros las suertes alaban,
y otros maldicen las fieras;
y otros como Juan y Curra
tendidos en su caleza,
al son de las campanillas
el *Arenal* atraviesan,
envidia dando á los hombres
y dando envidia á las hembras.





UN JALEO POBRE.

Las siete y cuarto serían
de una noche del otoño,
cuando el tío Crispin Becerro
daba vueltas como un trompo,
de la cocina á la sala,
de la sala al dormitorio.

Tratabase de un jaleo
pobre, pero con decoro,

como puede y suele armarlos
un zapatero rumboso:

Era la funcion en Cádiz
y, para mas alborozo,
en el barrio de la Viña,
de buenas mozas tesoro.

Ay Cádiz! Cádiz! ¿quién puede
pisar tus muros hermosos,
y perderte y recordarte
sin lágrimas en los ojos?—

A las ocho menos cuarto,
(la funcion era á las ocho,)
abrio Becerro la sala,
satisfecho de su adorno.

Sobre dos mèsas de pino,
pintadas de verde al olio,
ardían cuatro belones,
todos limpios como el oro,
pero en edad y tamaño
distintos entre si todos.
Anticuadas cornucopias,
sillas forradas de coco
ó de damasco, segun
las diera Dios ú el demonio,

demostraban la riqueza
y el gusto de este jolgorio
que ha sido célebre en Cádiz
y cien leguas en redondo.

En breve los convidados
unos llegaron tras otros.
Con Candelaria Melendez
entró su gachon Victorio,
y con Manuela Valero
su tocayito Manolo.

A Concha, la malagueña,
la acompañaba un buen moso,
que si no es pariente de *ella*
algo se acerca á su esposo.

Ya estaba la sala llena
de cuerpos saracandosos,
y el *tocaor* no llegaba
con murmuracion de todos.

—Tío Crispin, no empiesa el baile?...

—En cuanto venga, Manolo,
el *tocaor*.....

—Quién es?—

—Curro
Sanguijuelas;

—Ese tonto!

—Qué dises?

—No es el barbero
de la plaza é San Antonio?....

—El mesmo.

—Pues que lo guarde
el santo si yo le cojo,
jonjabando á mi gachona
con salidiyas de tono!—

—Pero se baila ó tomamos
la puerta yo y mi Victorio?.....

Esto dijo Candelaria
Menendez, y, uno tras otro
todos la misma pregunta
hicieron de varios modos.

—Si Manolo hisiera el gusto
de tocar.....

—Déme usté pronto
tío Becerro la vigüela:
por mi causa no se ha roto
nunca una groma..... de punta
los güesos, niñas, que entono.

«Te quiero mas que á un divé,
mas que á mi pare y mi mare,
y sinó fuera pecao,
mas que á Virgen del Carmen.»

—Bien por la grasia!

—Candela,
dale fuerte al envoltorio
de los pecaos!

—Bendita
sea tu sal cuerpo garboso.

—Churrú!

—Salero!....

—Que vivan
las rondeñas y que un lobo
le coma las pantorriyas
al que no vaile el sorongo!

. . . .

. . . .

—Gracias á Dios que vinisté!:
dijo el tío Crispin á un mozo
patilludo y mal carado,
que entró y buscó su acomodo
junto á Manuela.—Curriyo,
deja en paz los matrimonios
y toma la vigüela.—

—Justo
es tío Crispin uno y otro.

Y tomando la guitarra
de las manos del celoso,
Currillo cantó rondeñas,
que acompañaron los mozos
con botes de pantorrillas,
y castañuelas por coro.

Por mas que tu mare riña
y aunque se oponga el infierno,

tengo de ser tu querío
y tu mi prenda, salero. (1)

Allí eran de ver las sayas
movidas de un lado á otro,
con tantisima modestia,
como prisa, broma y gozo.

Allí eran de ver las ligas
verdes con flecos de oro,
y los azules refajos,
mas que las enaguas cortos.

Allí justo es que viniesen
á sentenciar por sí propios,
los que censuran los bailes
de candil, guitarra y mosto.—

Cádiz ¿qué valen tus plazas
ni tus muros poderosos,
ni tus casas, ni tus muelles,
si á compararlos me pongo
con tus sandungueros bailes,
donde al son de un mueble roto,

---

(1) Véase la cancion núm. 2.

echan al aire las piernas
con las muchachas los mozos?—

. . . .

. . . .

No era Manolo quien menos
gozaba en estos jolgorios;
pero apenas acabó
su cancion el Limpia-rostros,
le encajó una bofetada
que dejó al barbero tonto.

—Manolo!

—Curro!....

—Señores!
qué es esto?

— Esto es bien poco:
que ese raspa-jetas quiere
quemar la sangre á Manolo,
y á mi naide se me aserca
que echo fuego por los ojos.

—Pues si tiene usté las manos

tan largas.....

—Toma piojoso,
toavía quieres que te diñe?...

Y antes que el noble auditorio
pudiese evitar la accion,
un segundo sopla-mocos
tiró ál *cantaor* por tierra;
de su derrota furioso
el barbero sacudió
con la guitarra, y Manolo,
que se vió en la frente herido,
atropellando por todo,
belones mesas y espejos
tiró á su enemigo al rostro.

No tuvo tan feliz suerte
que pudiese escapar horro
de la lluvia, el malagueño,
y antes bien, molido y cojo,
empezó á largar puñadas
sin miedo á Dios ni al demonio.

. . . .

Las mugeres, que hasta entonces
permanecieron en ocio,
con uñas picos y dientes

se acosaban como lobos.

—Que me matan!

—La justicia!

—Donde te escondes?

—Socorro.

—Asesino!

—Ay!

—Silencio!

Y entre aullidos espantosos,
maldiciones y tinieblas,
quejidos y gritos roncos,
cada cual tomó la puerta
haciendo solemne voto
de no volver á otro baile
donde estuviese un celoso.

. . . .

. . . .

. . . .

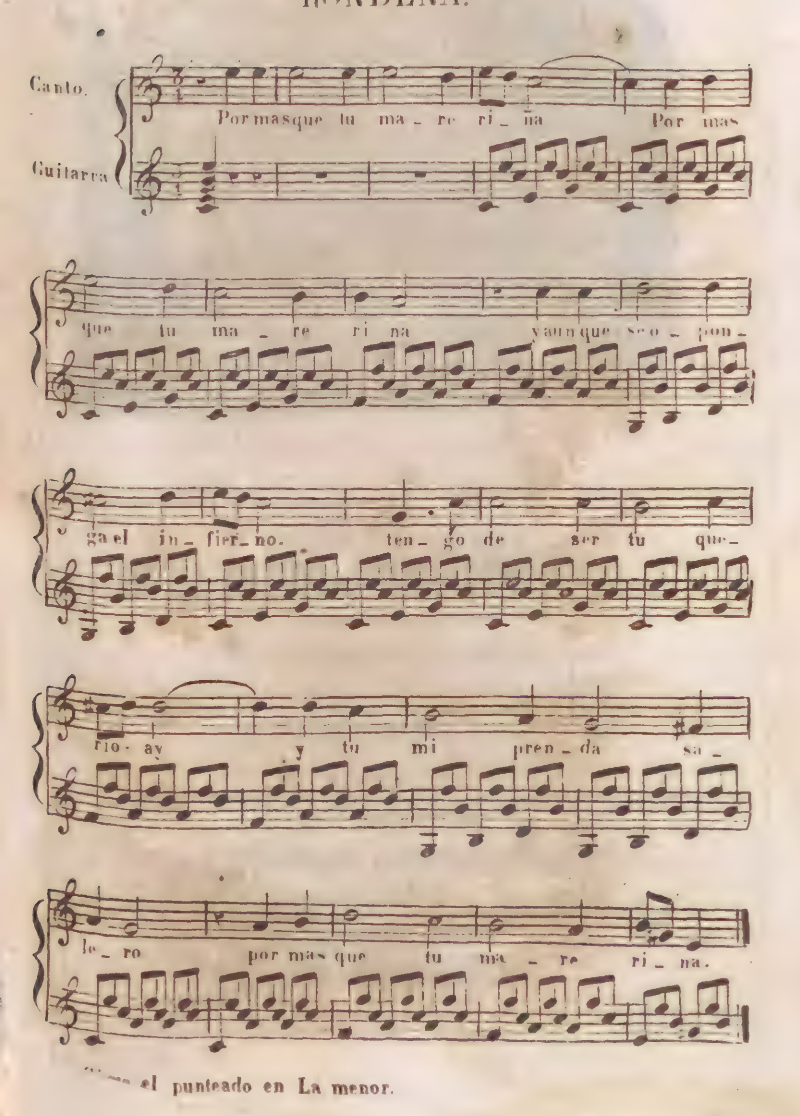
Resumen de esta refriega:

cuatro botellas sin fondo,
tres sillas desvencijadas,
dos brazos derechos rotos,
cuatro frentes magulladas,
una herida sobre un hombro,
catorce arrobas de pelo,
y llenos dos calabozos.

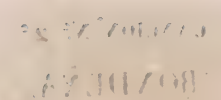


CANCION Nº 2º

RONDEÑA.



el punteado en La menor.





NI LA TRINIDAD TE SALVA !!!...

(Leyenda.)

A tres leguas poco menos,
ó poco mas de Sevilla,
en medio de un olivar,
y sobre la senda misma,

que de la ciudad conduce
á Villafranca, existia,
hace cuatro ó cinco años,
una venta pobre, antigua,
mas no obstante frecuentada
de gente plebeya rica.

La aspereza del camino
y sobre todo, la inicua
fama que gozaba el monte
de abrigar gente perdida,
su concurrencia, de noche,
fija y numerosa hacía.

Allí á descansar paraban
los corsarios de Lebrija,
los machos de Las Cabezas
y los carros de Sevilla;
y entre vasos de aguardiente,
y el fogon que siempre ardía,
y los chistes de la tierra
de nuestra Madre Santísima,
si descanso no alcanzaban
hombres y caballerías,
al menos sufrían contentos
de la noche las vijilias.

La noche de nuestra historia,

era la angosta cocina
de la venta, un purgatorio
con mil animas malditas.

En el lugar preferente
votaba mas que bebía,
y eso que á beber ninguno
le echaba la pierna encima',
Anton Perniles, Mal-alma
por otro nombre y divisa.

Á su derecha, el tío Gallo
en mondar se entretenía
un semejante, que asado
y entero fué á su barriga.

Mas allá Curro-Frijones
punteaba seguidillas
en una guitarra rota,
sin bordones ni clavijas.

Otro el barro del camino
se quitaba, otro mentia,
y mas adelante un mozo,
barbi-lindo y sin malicia,
mil besos daba á un pañuelo,
regalo de su querida:
otros alegres cantab an

y otros á voces reñian,
con el mozo de la cuadra,
por la paja mal medida.

Cada cual en sus placeres
dulcemente se absorvía,
sin parar mientes ni ojos
en una infeliz chiquilla,
que el ventero Juan Araña
recogió la tarde misma,
y que junto al pozo estaba
la frente entre sus rodillas.

A largos pasos la noche
adelantandose iba,
y aun no pensaba la gente
dejar en paz la botija,
cuando llegára á la venta,
sobre una baquera silla
y un jaco de siete cuartas,
estampa hermosa y fornida,
D. Alfonso de Contreras,
veinte y cuatro de Sevilla,
soltero segun contaban,
por no sé que historia antigua.

Apenas supo el ventero
el valor de la visita,

corrió á tener el estribo,
mandó á la caballeriza
el troton, y silla al fuego
dió al hidalgo sin pedirla.
La presencia de un estraño,
de tanta categoría,
sofocó algunos instantes
la universal chamusquina
escuchandose tan solo
el chisporroteo que hacía
sobre la encendida hoguera
la verde leña de encina.



II.

—Amigos, à lo que es cuenta
yo estorbo vuestra alegria.....
En este caso, querría
no haber llegado á la venta.

—Dice bien el amo: ¿hay más,
(contestó el tío Gallo luego,)
que seguir la groma?

—Fuego
contra el que se quée detrás!:

añadió Anton; y volvieron
á alborotar de mil modos,
hasta que, borrachos todos,
sino callaron, cayeron.

Gracioso cuadro ofrecía
la venta en aquel momento!
Cada cual sobre su asiento
tenerse firme quería;
pero en vano, que las piernas,
flacas con tanto beber,
negábanse á sostener
aquellas vivas tabernas.

—Vaya un suspiro Frijones.

—No quiero Anton.

—Qué me dises?
Bebes, ó por las narises
te lo meto en los talones.

—Eso será si mi saña
no se rasca el espinaso.....

—A mí tu!—Prueba este vaso
ó sal conmigo á campaña.

— Afuera!

—Afuera!

—Mas calma:
(dijo, mediando, el ventero)
al que desnude el asero
le abraso de un tiro el alma.

Y, dicho y hecho, en las manos
de Juan brilló un instrumento
con dos bocas, y al momento
quedaron todos hermanos.

A los gritos dispertó
la comparsa dormilona,
y, reposada la mona,
de nuevo á gritar se echó...

—¿Nó es mejor, (saltó el tio Gallo)
qué andar gritando y riñendo,
pasar la velada oyendo
una historia?—

—Me abasallo.

—Bien por Frijones!— Perniles,
naide al cuento está obligao

mas que tú, que has siempre andao
entre mosas y alguasiles.
Dá á la güena compañía
con un *sucedío*, contento.....»

Y el concurso, un cuento! un cuento!
á voz en grito pedía.

Hasta el hidalgo, queriendo
poner fin á la jarana,
gritó, de la mejor gana,
de su misma accion riendo.

Y aunque Perniles quería
disculparse, torpe andubo;
y al fin que dar gusto tubo
á la *buena compañía*.

III.

Antes que el cuento de Perniles salga
á volar por el mundo, el mundo sepa,
la vida, antecedentes y milagros,
del ejemplar varon que el caso cuenta.

Nació Perniles en Sevilla; anduvo
seis años y tres meses á la escuela,
hasta que abandonó casa y lecciones
por la carcel, la playa y la taberna.

Su aficion á gozar del bien ageno

primeramente le condujo á Ceuta,
y despues del valiente *Tempranillo* (1)
á seguir voluntario las banderas;
donde alcanzó el renombre de Mal-alma,
merced á sus entrañas de pantera,
 Indultado por fin *José María*,
del gobierno español para vergüenza,
pues no supo acabar con un bandido
sino indultando su partida entera;
Perniles, rico, se alojó en Lebrija,
y desde allí, con cuatro ó cinco bestias,
pasageros y arrobas conducía
de su patria adoptiva á la primera.
Por el año que empieza nuestra historia
tenía Perniles mas de los cuarenta,
mas bien alta que baja la estatura,
y mas que oscuras las facciones, negras.
Su cara por un chirlo atravesada
de su mal corazon retrato era,
prolongada y espesa su patilla,
de traidor su mirar, torpe su lengua.

 Hecha esta digresion indispensable
para entender mejor nuestra leyenda,
sigamos con el cuento de Perniles,
segun lo refirió su boca mesma.

---

(1) Apodo familiar del famoso ladron andaluz José María.

IV.

—« A falta de pan, señores,
tortas son güen alimento,
y asi, á falta de otro cuento,
vaya un cuento é mis amores.

Una noche, el otro invierno,
me yamó el cura y me dijo:
con güenas assiones, hijo,
te librarás del infierno.
¿Conóces á Mariquilla,

la jilandera?—Si pare.
—Como se há queao sin mare
hay que yevarla á Seviya.
Ayí viven sus agüelos,
y, si ahora tienes consensia,
te aplico la indilugensia
y erecho vas á los sielos.»—

Así el cura pretendía
ganarme, mas fuera en vano,
si el cuerpo mas soberano
no aviyelase (1) María.

Mil veses, antes del lanse,
tuve yo mis intensiones
de esirla cuatro rasones,
pero me temí un percanse.

Con tóo: tan luego que el cura
me encomendó la chiquiya,
el amor me hiso cosquiya,
esde el hombro á la cintura.

La ocasion la pintan calva,
y mirando de soslayo

(1) Tuviese.

la prenda, dije á mi sayo:
ni la Triniá la salva»

Efecto grande y distinto
hizo la heregía de Anton,
entre aquella comunion,
solo obediente á su instinto.

Unos sin pena rieron,
otros, prudentes, callaron,
y otros, en fin, motejaron
la frase, en cuanto la oyeron.

El hacendado un momento
contempló la catadura,
vieja, fea, seca y dura,
del autor, con descontento.

Y aun la muger, olvidada
junto al pozo, levantó
la cabeza y la escondió
de nuevo ruborizada.
Entonces pudo Contreras
ver, al través de mil daños,
un rostro de veinte años,
con facciones hechiceras.

—Pobre niña!: murmuró

el hidalgo, sin gran calma.....

Tosió y escupió Mal-alma,
y así el cuento prosiguió.

—La muchacha era un cordero
y su agüelo, segun dijo,
panaero.....

—Esta usted fijo?
Panadero?

—Panaero.

—Y su madre?... (preguntó
D. Alfonso.) Me interesa
saber su nombre.....

—Teresa.

—Y ha dicho usted que murió?—

—Esta sementera hará
dos años.

—Cielos, qué escucho!

—La conosía el amo?—

—Mucho.....

—Y la niña?

—La arrastrá
hayó cuanto hayar podía,
en su grasia y su abandono;
aprendió á guisar *tonono* (1)
y fué mi prenda.

—María!....
gritó el noble;—y la muger
del pozo elevó la frente,
de venenosa serpiente
vulnerada al parecer.

—Y despues?—....

—Espues, cansao
de su sandunga, la ejé,
vino, entró, pidió, negué,
y mi cuento está acabao.»

Y con triunfante alborozo,
Mal-alma, el cuento acabó,
y al mismo tiempo lanzó

---

(1) Asadura de vaca.

un ay! la muger del pozo.

—Vaya un caso!: dijo Anton
dejándo el puesto á la hoguera.....
A escucharme quién dijera
que la trujo la ocasion?
Dale Araña á esa chiquilla
por mi cuenta medio duro,
que aunque está el camino oscuro
ahora me largo á Sevilla.

—De esta infeliz, contestó
D. Alfonso, conteniendo
su indignacion, hoy pretendo
cuidar solamente yó.
No aliviará sus dolores
ciertamente el medio duro.....
hay un medio mas seguro.....
felices noches, señores.



D. Alfonso de Contreras.



V.

La hoguera se habia apagado.
Entonces cada arriero
trató de buscar descanso
sin cuidarse del ageno.
Varios hubo que ajustaron
sus cuentas con el Ventero,
y emprendieron su camino
cantando sino riñendo.
Perniles fué de este número,
y apenas el caballero
imaginó que habría entrado

del olivar en lo espeso,
hizo tender á la niña
desmayada sobre un lecho,
rogando que la cuidasen
como si él fuese el enfermo.

—Juan me darás tu escopeta:
añadió. Formál empeño
hago de entrar en Sevilla
antes que amanezca..... el cebo
de la mía está mojado
y los caminos son perros.

Araña, que no esperaba
tanto honor, sacó al momento
su escopeta de dos bocas
y *abrazaderas de hierro.*

—Estás Juan de ella seguro?—

—Como de su mismo dueño.

Esto dicho, en su caballo
montó Contreras, saliendo
en la misma direccion,
que tomó el hombre del cuento.

—Que cargue conmigo el diablo

saltó la ventera, luego
que el hidalgo se alejó,
si esa historia del infierno
no interesa á la muchacha
lo mismo que al caballero!»

Dos sordos escopetazos,
que apenas sonaron dentro
de las tapias de la venta,
congelaron en el cuerpo
la sangre de la ventera,
que gritó, muerta de miedo:
Jesus María!:—su esposo,
á esta música mas hecho
cerrando la puerta, dijo:
«Dios le condusca á los sielos.»

No terminó Juan Araña
su plegaria al Ser Supremo,
cuando sintió las pisadas
de un jaco, y, al poco tiempo,
en el porton de la venta,
golpes continuos y recios.

—Quién? preguntó Juan.

—Contreras:
contestó de afuera el mesmo.

—A esta su venta y su chosa,
sea bien venío de nuevo.

—Donde está?

—Onde? En mi cama
mas blanda que el quinto cielo.

—Gracias, amigos, mil gracias.
Ahora concluye tu empeño
ayudandome á subirla
sobre mi caballo..... Bueno!
Juan, toma por la escopeta,
que he perdido, ochenta pesos,
y mañana vé á Sevilla,
si callas, por otros ciento.»

Marchó el hidalgo, y Benita,
muger al fin, á su dueño
preguntó: —

—Juan, no sospechas
quién es la niña?...

—Y el viento
trajo un dulce «padre mío!»
á descifrar el misterio.

. . . .
. . . .

Cuando llegó la mañana,
hallaron los trageneros,
el cadaver de Mal-alma,
hecho trozos el cerebro,
é inmediata una escopeta
de *abrazaderas de hierro.*

Ni la triniá te salva:
dijo Frijones, trayendo
el cuento de la velada,
con justa razon, á cuento.





LA ÚLTIMA CAÑA.

En la taberna del *Chato*,
frente á S. Juan de la Palma, (1)
mucho mas de la *Oracion*
y algo menos de las *Animas*,
sentados tranquilamente
ante una mesa, jugaban

(1) Iglesia parroquial de Sevilla.

José Treinta y Juan Terrones
al rentoy *la última caña*

Era Terrones casado,
y la providencia santa
le había dado cinco hijos,
y una muger siempre en cama.

Treinta, por el lado opuesto,
aunque deboto á las faldas,
mantenía únicamente
á una moza gáditana,
con mucha gracia la jeta
y en la popa mucha gracia;
pero falta de sentidos
y de caprichos sobrada.

Terrones quería á sus hijos
como á trozos de su alma,
y á su chula Pepe Treinta
mas que una mina de plata:
solo cuando se reunian,
de noche, en aquella casa,
ante el rico manzanilla,
de sus prendas se olvidaban.

Perdió Treinta la partida,
y Terrones, puesto en jarras,

con el sombrero en la mano
y por el suelo la capa,
levantó con el pulgar
y el indicador la *caña*,
espresando su respeto
al vino en estas palabras.

—Dios te salve, manzaniya,
Dios te liberte é las garras,
de aguaóres taberneros,
que profanen tu sustancia.
Yena de aromas divinas
nuestras narices te catan,
y no en valde Jesucristo
por su sangre te proclama.
Bendita la viña sea
que te enjendró entre sus ramas.
Benditos sean los lagares
onde estriparon tu cascara;
benditos sean los barriles
que en sus abismos te guardan,
y bendito el tabernero
que al menudeo te despacha.»

No habia acabado Terrones
su arenga sacro profana,
cuando llegó á la taberna,
llorosa y casi sin habla,

de sus hijas la mayor,
que á diez años no llegaba.

—Qué ocurre?... preguntó Juan.

—Ay paresito é mi alma,
mi mare está espirrabando.

—Pues vete volando á casa,
que yo te sigo, tan luego
que apure *la última caña*

—Compare, preguntó Treinta
viendo salir la muchacha,
¿será posible que usté
güelva á la razon la espalda.

—Compare, ní por los clavos
de S. Francisco.... mas Paca
está é peligro.....

—Compare,
la combiá de usté falta.

—Ayá vá compare... Chato!
por mi cuenta echa otra *caña*.

—Qué olor tiene!... á los difuntos

resusita esta fragansia.....
Pero Coliya ¿qué tráes
tan asustao? qué mos pasa?...

—Poco y malo, señó Pepe.
Que Teresa la Gaitana,
iba hase un rato hasia el mueyé
con Perico Calabasa.

—El calbo y tiñoso?—

—El mesmo.

—Adios compare.....

—Cachaza:
¿se olbía usté que perdió,
compare, *la última caña*?

—Tiene usté rason compare...
Coliya vete á la playa,
gusca á la endina y, con eya,
junto á S. Pablo me aguardas...
Montañes, echa la última...
Por la de usté...

—Venga y grasias.—Agua.
Y ambos compadres, despues
de las diez y media dadas,

del brazo, por no caerse,
cojidos, débil la planta,
el sombrero ali-caido,
y sobre un hombro la capa,
por la calle de las Tiendas,
hácia S. Pablo bajaban.
Llegaron á su vivienda
en dulce amor y compañía,
y cada cual de su prenda
pidió noticias esactas.

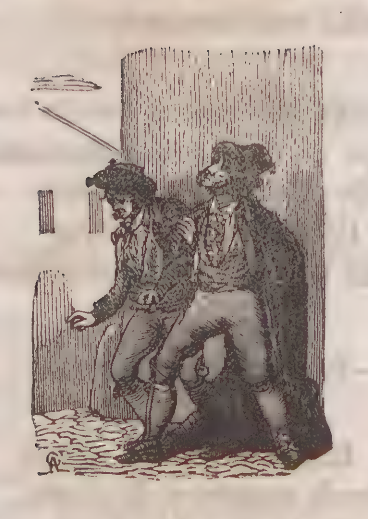
—Ya hace mas de media hora
que mi mare en paz descansa:
dijo su chica á Terrones;—
y Coliya en dos palabras
dió á Pepe Treinta cien muertes:

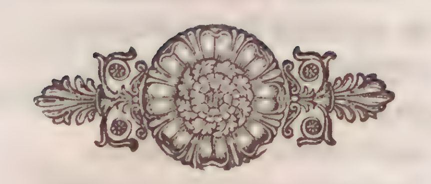
—Pa usté voló la Gaitana.»

Entonces los dos amigos
dando traspieses de á vara,
quién ha dicho de dolor,
quién de vino, por la plaza
de la Magdalena vuelven
hacia S. Juan de la Palma.—

—Compare, si el vino güeno

las desazones apaga,
(dijo Juan Terrones) vamos
á tomar *ta última caña.*





PRUEBAS DE AMOR.

—«Es mentira, no te quiere
(dijo la Juana á la Pepa,)
hombre tan esaborío,
que no te endiña una ferpa
á lo menos cáa dos dias,
ni te quiere, ni en consensia
naide dirá que merese,
que una real mosa lo quiera.

Y aquí Pepiya hago punto
y me las toco é soleta,
que el arratrundi é mi Paco
tiene mal genio y maspera.»

No echó Pepa en saco roto
de su amiga la advertencia.
«Quiero me atisen, decia,
(mientras daba á sus caderas
aquel suave movimiento,
que en las mozas de mi tierra
equivale un terremoto)
«quiero que me atisen, sepa
«sepa mi cuerpesiyo á qué sabe
«una combiá de leña.»

Con tan ridículo antojo
Pepa llegó á su vivienda,
adonde ya la aguardaba
su gachon, Diego Paciencia.
—Daonde güeno?: la pregunta.

—De la caye.
—La respuesta
concluye, mas no convense;
—Y diga usté, só postema!

tengo yo jecha escritura
de chimuyarle, canela!....
dásia qué lao corre el viento
cuando mi popa navega?...
Menos borla y mas limosna:
menos selo y mas querensia,
que el dulse é pico á toas horas
empalaga y no alimenta.

—Púes ¿qué te falta endinota?...
hay en toitica la tierra,
una jembra mas quería?....

—Gran puñao son tres almendras!

—Y ¿nó te he comprao una saya
con alamares é sea,
que la duquesa de Osuna
se pirrára por tenexla?

—Bien, y que?...

—Y unos zapatos
no tienes con vigoteras?

—Bien, y qué?

—¿Y al fin no eres,

y así Dios lo tome en cuenta,
la que manda en mi saranda
y la que en mis reinos reina?...

—Bien; y qué?

—Sabes, Pepilla,
que el *bien* y el *qué* ya me apestan,
y, si el pescao se me ajuma,
te vas á tragar dies muelas?....

—Y ¿sabe usté, cara é mona,
que nengun alma de...

—Pepa!...

—me pone á mí los langustios
en la mitá de la jeta?...:

—Cuánto apuestas á que sí?

—Cuánto vá á que no?

—Pues ea,
dice Diego, y una vara,
de á dos cuartos, por mas señas,
rompe en las pobres costillas
de la antojadiza Pepa;

quién todavía sostiene,
¡lo que son antojos de hembras!
que amor se prueba á trancazos,
y el que mas quiere mas pega.



LA MERIENDA.

Al oriente de Sevilla,
inmediato al hospital
de la sangre, y frente al muro
que circunda la ciudad,
levanta una pobre venta
sus tapias de canto y cal.

Allí la gente del bronce
se acostumbra á despenar
con un vaso de lo puro,
queso, aceytunas y pan;
y allí Tomasa Cascajo
fué una tarde á merendar
con su gachon Manuel Penca,
baratero y capataz
del presidio, y tan cobarde
como atrevido y rufian.

—A la paz é Dios, señores.

—Dios guarde á la gente honrá:
dicen al entrar los majos,
y sin circuloquios, zas!
llegan, piden, toman, pagan,
y, al salir, sobre el umbral,
se atraviesa Juan Sin Pelos
embozado y....

—Camará:
murmura, por el colmillo
de saliva echando un mar;
¿es trapo nuevo esta moza?—

—Y á usté que le importa?...

—Náa...
Sino que la niña tiene
muy güen gusto.

—De verdá?—

—Como que lo quiere á usté...
Y ná mas que eso?

—Na mas.
Si al fin y al cabo las jembras
son tan muables...

—Pues ya!...

—Y si te ví no me acuerdo,
y usté es quien manda...

—Pues ya!.....

—No hay mas que tené pasensia
y guiyarselas.....

—Pues ya!

—Premita Dio á esa traiora
la den mala puñalá,

y el santolio no la alcanse...

— ¿Qué há dicho usté?—

—Lo que hará
güeno mi lesna, si hay jombre
que efienda á esa esgalichá.

— Comparito, sonsoniche
y hablemos con claría.
Uste quiée camorra?—güeno.
Sobre que ha vinío usté á dar
con la jorma é su zapato.....
mas le aviso en caría
que se ponga bien con Dios,
que si le yego á tocar
con la punta é mi alfilé,
Tomasa jaste pa allá,
que esta mona me jiée á muerto!

— Menos solfa y mas cantar,
alzando se prueba un mozo,
y al que le toque jincá
la cabesa, que se ajupe
ó lo alse la caría.

—Mi Sin Pelos!...

- Endinota!

esclamó irritado Juan ;
¿ahora vienes con palabras
de almibar?... Tire usté yá...

Frente á frente los dos chulos ,
sobre el cuchillo el pulgar ,
la mano bajo el sombrero
y el cuerpo haciendo una ka ,
se observan , tiran y acosan ,
saltan , huyen , vienen , van,
con fatigas de alcanzarse
mas sin poderse alcanzar

—La guardia!

—Que se asesinan!—
gritan á quien puede mas
los concurrentes , la ronda
acude , cerca el portal
y un cabo toma las ínfulas
de comision militar.

—Vomite usté so real mosa :
dice el juez, con voz de paz,
á Tomasilla , prendado
de su sandunga...

—Ayá vá.

El señor es mi marío;
vinimos á merendá
al ventorrillo, y Sin Pelos,
que fué mi chulo años há,
se empeñó en armá camorra
con mi sangre, sin mirar
que tengo yo mucho pelo
y él la moyera pelá.

—Esas tenemos! ventero
eche usté un cordel acá,
para evitar que este gallo
puea otra vez cacarear.

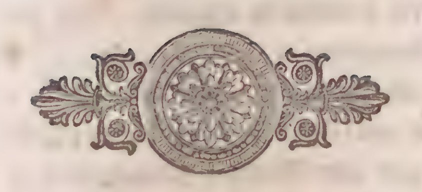
—Mas señó cabo....

—Silencio!...
Aprenda usté, so peal
á tratar con las máamas,
y otra vez no se espondrá
á semejantes trabajos...
Vaya preso!.....

Y preso vá,
por la Puerta de la Carne,
rodeado de un millar
de chiquillos, Juan Sin Pelos;
en tanto que el capataz,

el cabo y su protegida,
amigablemente dan
principio y fin á una cuba
del triunfo en celebridad.





LA RONDA.

Las once han dado en Lebrija,
y una luz ni una palabra
turba el general silencio,
ni las densas nubes rasga.

Es sabado, y la costumbre
de mas de tres siglos manda,
que salgan los buenos mozos
á rondar á las muchachas,

y á cantarlas seguidillas
junto al pié de sus ventanas.

Por esta razon el sueño
en que Lebrija descansa,
turba á veces la vigüela
chirreadora y destemplada
de un galan enamorado
que sus dulces penas canta; —
y por esto Manuel Santo,
mozo de mediana estampa,
y aperador de un cortijo
inmediato á Villafranca
entró una noche en Lebrija,
montado en su yegua baya,
la manta sobre los hombros,
y en la grupa, su guitarra.

Manuel quiere hace tres años,
con las mas constantes ansias,
á Carmeliya Gallego,
una trigueña gitana
chica de cuerpo, gordita,
graciosa y bien empernada.
Tres años hace que el hombre
emprende la caminata
de Villafranca á Lebrija
una vez cada semana,

y dejándo su caballo
traillado junto á las tapias
de la villa, hace tres años
que se acerca á la ventana
de su chula, y canta y logra.....
un poco mas que palabras.

Llegó Manolo á la reja
de su tormento del alma,
y despues de contemplar,
con cariñosas miradas,
el rosal de enredadera
que sus amores velaba,
tendiendo sobre las piedras,
con el relente mojadas,
su manta de mil colores,
y pulsando la guitarra,
escupió, tosió, y al viento
así destapó la gaita:

II.

«No nasió de mare humana,
Ni entre jembras se crío,
El que guipó (1) á mi gitana,
Y al punto no la entregó,
Sin chanela,
Que, vale mas mi Cármela
Que las minas del Tiró.»

---

(1) Vió.

« Nengunito á mi gachona
La jonjabe salamero,
Que mando yo en su presona
Y en su cuerpo sandunguero...
Huy que mosa! —
¡Gitaniya salerosa
No sabes cuanto te quiero! »

« Si algun gaché desalmao,
Diñarme selos intenta,
Que se dé por enterrao;
Por que sacaré mi tienta,
La náaja,
Y si al punto no se naja,
Que ajuste con Dios la cuenta. »

«Onde asienta mi chiquiya
La suela de su zapato,
No hay una mosa en Seviya
Que clave su garabato.....
Por supuesto,
Cuando ella sacúe el cesto,
Quién no se golviera gato?

« Tiene un no sé qué mi niña

De sabroso y resalao,
Que aunque su mare me riña,
Y aunque cometa un pecao,
Alza perra!
Tengo de morder la tierra,
Por ese cuerpo salao.»

III.

Luego que el enamorado
rondador, vió en la ventana
la sombra de su querida,
que sombra es fuerza llamarla,
porque no es muger ni es hombre
un emboltorio con faldas,
que apareció entre cristales,
en cuanto oyó la guitarra;
luego que entendió Manolo
que su hermosa le aguardaba,
hizo callar la vigüela,

:

y liandose en la manta,
contra los hierros de Carmen,
remachó los de su alma.
Qué pasó entre los amantes,
lo mismo que lo que pasa
entre otros enamorados,
que á iguales horas se hablan,
nó es cosa para sabida
ni es prudente averiguarla.

Pasar una noche entera
sufriendo nieves y escarchas,
y el agua que cae á torrentes,
ó el calor que el pecho abrasa,
es placer incomprensible
para aquellas toscas almas
que no han pasado una noche
requebrando á su gitana
con una reja por muro,
un corazon por cabaña,
y por hoguera dos ojos
ardientes como dos ascuas.

Sin embargo, cuando el cielo
á colorarse empezaba,
con las azuladas tintas
de una apacible mañana,
embozándose Manolo

pausadamente en su capa,
sonó un amoroso beso,
un adios tierno del alma,
y el galope de un caballo,
camino de Villafranca.





AMOR Y DESDEN.

Jàcara dialogada.

Majo. Oiga usté, mosa cosía,
dos palabritas al alma:
¿sabe usté que me há gustao...?

Maja. Me pienso enterrá con palma.

Majo. Y que el niño lo creía!...

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. Venga usté acá, cara é rosa,
y diga en plata y sin mieo,
que mangue (1) no la ha petao
porque es probe ó porque es feo:
¿pasa en el mundo otra cosa...?

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. ¿Qué si quieres? ¡Ay churrú!
¿Refransillos á este cura...?
Vamos, si estoy mas quemao...
Y ¿asina esprecia, criatura,
á un mozo como un Perú...?

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. ¿Quiusté, prenda, que el oío
la regale con jachares,
mas tiernos que un mantecao...?

Maja. No señó que yo á pelgares
nunca audensia he consedío.

Majo. *Pues bastante hemos jablao.*

---

(1) Yo.

Reina mía, la franquesa
me ha dao golpe como hay Dios,
como hay Dios que me há gustao...

Maja. ¿No dijo usté...?

Majo. Y ¿por qué no...
Si me gusta la yanesa...

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. Pero tenga usté entendío,
por lo que puea troná,
que si algun esgalichao
la yega á usté á jonjabá,
lo hago polvo de un soplío.

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. Sobre que el alma me jiée...
y si me amosco...

Maja. Arrastrundi,
deje usté quieto el fregao.

Majo. Tocaré el titi-rimundi
hasta encimita de usté.

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*

Majo. Mas naide, prenda, dirá
que un moso de mi consensia
el barandé la ha surrao:
con que mi reina, nagensia,
y hasta el vaye é Josefá...

Maja. *Pues bastante hemos jablao.*







Vista de Sevilla.

TORRIJOS.

Sobre potros andaluces
de la carta de Varela,
de limpio casco, de cuello
corto; y de sangre sin mezcla,
tordos, negros y atigrados,

castaños, blancos y perlas,
con lujosos aparejos,
de floja y carmesí seda;
con una mano en las bridas
y otra mano en la cadera
y con el cuerpo á las ancas
de una graciosa morena;
á la feria de Torrijos,
uno y otro dia fiesta,
mientras dura la otoñada,
van los mozos de mi tierra.

No supongan los lectores,
que á tan celebrada hacienda (1)
concurren los traficantes
en vacas, potros y ovejas,
ni allí comercian chalanes,
ni allí gitanas se encuentran,
que vendan buenas venturas,
ni malas venturas vendan,
ni hay jugadores de embite,
fulleros de cuatro suelas;
allí á lo que se concurre,
por mas que raro parezca,
es á rezar, á pesarse

(1) La hermita del Santo Cristo de Torrijos está anexa á nna hermosa hacienda del campo propia del Baron de Hoz.

con trigo, maiz ú avena, (1)
á comer, comprar estampas,
y á tocar las castañuelas.

Los señores de Torrijos,
es decir, los de la tierra
que dió nombre al Santo Cristo
que en la hermita se venera,
arriendan todos los años,
al mejor postor, la cera,
la semilla y las limosnas
todas, que al Señor se ofrezcan.

Gentes de á pie y de á caballo,
noble y de baja ralea,
grandes, chicos y medianos,
con dinero y sin moneda,
tontos y sabios, calzados
y descalzos, segun sea
la romería voluntaria,
ó en virtud de una promesa,
todos gritan, todos gozan,
todos corren, todos llevan
la fé en el alma, y la bota

(1) Es original esta costumbre. En Torrijos hay una enorme balanza donde los devotos se colocan, entregando por via de limosna al Santo Cristo que se venera en la hermita, el equivalente de su peso en trigo y otras semillas semejantes.

entre el alma y la conciencia.

Los mozos aficionados
á lucir sus buenas piernas,
ó las piernas de sus jacos
con aparejos de seda,
atraviesan el camino
de Triana, con sus prendas
á las ancas, y el caballo
al trote, al paso ó sin rienda.

Mozas hay de rompe y raja,
que ir prefieren en carretas
ceñidas de cañas verdes,
de espejos y colchas viejas.
Dos grandes y mansos bueyes,
coronadas sus cabezas
con frontispicios de esparto,
cintajos y lentejuelas,
tiran, con cansado paso,
de aquellas casas con ruedas.
No fué el arca de Noe
depósito de mas fieras,
ni de Babel en la torre
prodigiosa, hubo mas lenguas,
que lenguas y fieras hay
chuzonas y desembueltas
entre las colchas y cañas

de una adornada carreta.
¡Qué es ver la bulla que traen
con cuernos y panderetas!
¡Qué es oír su gresca y risa,
y sus gritos y sus quejas,
y sus tiernas seguidillas,
y sus sentidas playeras!
Muger hay que no ha comido
en cinco dias, ni espera
comer los cinco siguientes,
y canta que se las pela,
y critica á sus amigas,
y á sus amigos requiebra,
y sufre y paga con gusto
su parte en la concurrencia,
aunque la noche inmediata
tenga por cama una estera.

Imposible es describir,
con esactitud, la escena
que el camino de Torrijos
á todas horas presenta.
Allí el honrado artesano
y su familia se mezclan,
con el zafio macareno,
y la uraña mondonguera:
allí un cura y su sobrina,
y un asturiano que lleva

en un cesto las viandas,
para entretener las muelas,
se confunden, mal su grado,
con un sacristan sin renta,
y el monacillo su hijo,
y su costilla la hostiera:
allí junto á un mequetrefe
de ensortijada melena,
espolin fusta y futraque,
levanta sus dos orejas,
un burro cano y sarnoso,
que, en destempladas cadencias
parece que le saluda,
mirando su estampa mesma:
allí en fin, todos á una,
cantan, gritan, sudan, penan,
preguntan, responden, fuman,
y, en pisando la pradera,
juegan, y saltan y corren
hasta que á la hermita llegan.



II.

—Candelaria, trinca el gayo
y tuersele la cabesa...

—Vamos á Torrijos?...

—Vamos.

—Cuando?—

—Mañana...

—Tía Pepa,
¿sabe usté que mi marío
mañana al campo me yeva?...

—Y que importa á las vecinas
que estemos ó no de fiesta?...

—Calla hombre! ¿Te parese,
que no rabiará de perlas
la prima del tabernero,
cuando la envidiosa sepa,
que voy á Torrijos?...

— Pero
lo primerito Candelas,
es preparar la comía...
Anda, vé y pon en la cesta
peros castañas y nueces,
sardinas gordas y frescas.
chorizos pan y alcaparras
y aceytunas de la reyna.
Que no se olvíe la bota,
por que si falta en la gresca
la sangre de Jesucristo,

no vá este cura á la feria.—

. . . .

—Chulundri, pon á mi tordo
la siya y manta de muestras
y una almoada á las ancas
que vá á Torrijos mi prenda.

—Arriba cuerpo salao!
Bien por las mozas morenas!
Echa un brazo á mi cintura
y trinca el pañuelo é sea,
sujeto á la baticola,
con la mano que te resta.
¡Qué bien te sienta Conchiya
esa torsía peineta,
y ese pañuelo de espuma,
y ese coyar con mas perlas
que hay en tu boca, salero,
chiquita como una almendra!
¡Qué bien dise á tu presona,
jacarandosa y morena,
el vestío color de rosa
con faralares de á tersia,
y con las medias caladas
las sapatiyas de sea!
¡Mira cual se junde el puente
de Triana á tu presencia!

¡Concha, contigo hasta el fin
de la vida y de las ferias.—

. . . .

—Marcos, vamos á Torrijos?...

—No', mi bien, que la monea
anda escasa, y un barbero,
si á los peligros se jecha,
pronto encuentra la bacia,
basía por dentro y fuera.

—Con que no me yevas?...

—No.

—Marcos, sobre tu cabeza
ya verás los resultaos...—

Estas y otras conferencias
semejantes, que aun calladas,
adivinarse pudieran;
en vísperas de Torrijos,
perturban la paz doméstica.
Pero llega al Santuario,
la comparsa vocinglera
de hombres, mugeres y niños,
y allí terminan sus penas.

Asentada está la hermita
sobre una florida vega,
y entre olivos seculares,
que sombra ya poyo prestan,
á las mesas de aguardiente,
de aleluyas y de almendras.

Llegar y besar el Santo,
llama un refran de mi tierra
al *llegué, vi* y *he vencido*
tan celebrado, de Cesar,
mas segun es la oracion
de las gentes macarenas,
alta, tierna y compendiosa,
no han llegado, cuando besan.

Pronto á la súplica ardiente
al Señor de cielo y tierra,
suceden las seguidillas
bailadas con castañuelas.

Presto un devoto inspirado
por una bota arrobeña,
con la que amenaza al cielo
hasta que vé las estrellas,
canta, grita ó se columpia,
baila, salta ó se revuelca.

Aquí un padre de familia
parte un trozo de ternera
asado, entre su muger,
sus chiquillos y su suegra.

Allí dos majos sentados
junto al tronco de una higuera,
disputan sobre los años,
y los remos de sus yeguas.

Mas allá, bajo un olivo,
se miran, juntan y aprietan
media docena de mozos,
y de mozas otra media.
Uno toca la guitarra,
dos sacuden la talega
de los pecados, y el resto,
tendido sobre la yerva,
con gritos y con palmadas
acompañan á la vigüela.

— Bien por Curriya!

— Lentones,
dá á los zapatos con fuerza!

— Ay yayay!

— Por la tuya!

— Venga ese chisme

— Alza perra!...

— Vaya otra copla conmigo...

—Contigo, al infierno Pepa.

— Canta, Juan.

— Venga la bota
para remojar la letra.

« En la guerra de amores
el buen capitan,
estiende las guerrillas
antes de avanzar.
Porque arriesgada
en la guerra de amores
es la emboscada.

— Bien por la copla!

—Juaniyo,
esos cantares me petan.

—Vaya la segunda!

—Vayan
si es preciso hasta cincuenta.

Quien llevar solicite
de amor la palma,
gaste poco cariño
muchas palabras.
Porque las hembras,
mas que cariño, quieren
palabras huecas.

Cuando mas regocijados,
unos cantan y otros echan
al aire las pantorrillas,
y algunas veces las piernas,
gritos y ayes lastimeros
ponen término á la fiesta.

—La guardia!

—Socorro!

—Quietos!

—Mi capa!

—Mi pañoleta!

—Qué se asesinan!

Y el pueblo
que por un momento tiembla,
y corre, y grita, y parece
muerto de susto, se entrega
de nuevo á nuevos cantares,
mientras pasa una escalera
con un hombre asesinado,
y preso, y detras de aquella,
el asesino y sus hijos,
que lloran que se las pelan.

Todo en el mísero mundo
tiene fin; la noche llega
y el concurso desparece
delante de las tinieblas.

Los devotos y devotas
de todas fachas y fechas,
unos de rezar cansados
y otros cansados de fiestas,
quién con la capa arrastrando,
quién con vacilantes piernas,
quién triste, quién placentero,
dan á Sevilla la vuelta.

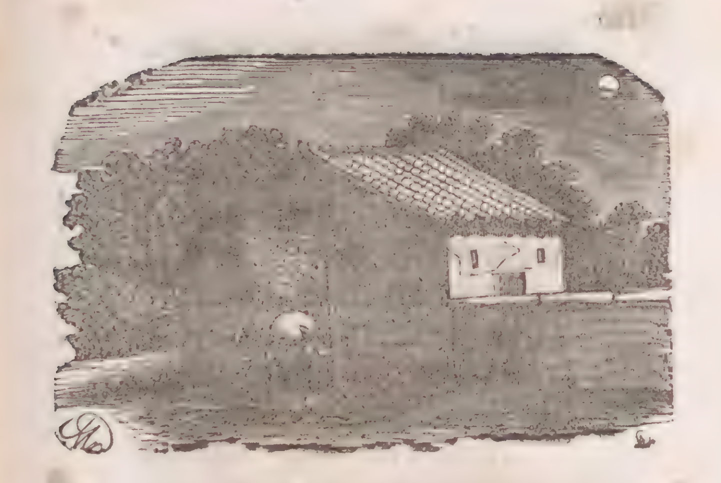
Entre ahullidos femeniles
y hombrunas impertinencias,
y cencerros y tambores
y pitos y castañuelas,
tambien vuelven á Sevilla,
con sus dueños, las carretas
Ya cantan *las habas verdes*;
ya á los que pasan desprecian;
y, en fin, gritando y riendo,
al son de las panderetas,
entonan sucios cantares,
gratos solo á sus *orejas*.

El ruido de la gente
que se apiña y se codea,
y se pega y se maltrata,
por ver pasar las carretas;
los gritos de los que venden;
el crujir de las cadenas
del puente, que se estremece
bajo el peso de las ruedas;
los que van y los que vienen
y el olor á pez y á brea,
que despiden los hachones,
alumbra á tan rara escena
dan al puente de Triana
los honores de un infierno,
fundado sobre la tierra.

Y con su prenda á las ancas,
y una estampa en la cabeza,
y media arroba de vino
entre el cuello y las calcetas,
cruzan contentos el puente
los majos, á la carrera,
entre columnas de gente
de á pié, coches y carretas.







DIEGO CORRIENTE.

I.

Fr. Diego.

Ah, de la hermita!

— Quién llama?—

—Diego Corriente.

—San Pablo
me asista!

—Menos clamores
y mas obedensia... Hermano,
abra la puerta, sinó
la abró yó de un trabucaso....
Asi me gusta... los hombres
se entienden, pae Diego, hablando...
Qué gente tenemos?

—Nadie.

—Mejor.

—Mas sabre?—

—Despacio:
necesitamos la hermita
pa un negosio...

—Y has pensado
que la casa de Dios sirva?...

—Como dos y dos son cuatro.
Más quiero: que usté me ayúe...

—Tal vez á un asesinato?—

— No le rompo á usté la crisma
piaosamente pensando,
que no sabe lo que jabla...
Yo asesino! Diga, hermano,
si nunca Diego Corriente
se bañó en sangre las manos?
Defendiendo mi presona,
si quieren matarme, mato;
pero ¿ quién sabe que Diego
haya nunca asesinao?...
Con que recoja esa lengua,
pare Diego y convengamos
en nuestro plan...

— Santos cielos,
yó en planes con...

— ¡Por los clavos
de Cristo, que no me insulte
mientras no me esplique!... al grano.
Conoce, hermano, en Gandal
á Remigio Perez...

— Años
hace, que sirve al marqués
del Pino...

— Y sábe usté cuantos

hijos tiene?

—Seis.

— Y sabe
usté, que tiene un cuñao
enfermo, sus pares lelos,
y á su costilla de parto?...

—Pobre Remigio!...

— Y tan pobre,
que ayer se vió el desdichao
sin pan que dar á su prenda,
ni á sus hijos!...

— Pero, al cabo,
el marqués no dejará
morir de hambre á un criado,
tan antiguo...

— Sí... el marques!...
Pues quién, sino ese malvao
es causa de sus desdichas?...
Quiso premiar á un lacayo,
que le sirvió de... me esplico?...
y despidió á un hombre honrao,
como Remigio, que nunca

aduló ni lamió platos.

—Es eso cierto?...

—Tan cierto,
que si ayer, por un milagro,
no va mi teniente al pueblo
y me cuenta luego el caso,
á estas horas, la paría
está del cielo gosando.

—Pero el marques no ha sabido?—

—Buenas lanas tiene el macho
pa acordarse de otra cosa,
que de sus casas de campo,
sus bailes, sus comilonas,
y sus... pero quince rayos
me partan, si hoy no se enmienda
ó al infierno va de un salto!...

—Me dirás?—

—De eso se trata.
Segun parte, que me ha dao
un amigo de Seviya,
esta mañana, temprano,
debe llegar á Gandul

nuestro hombre acompañao
de sus dos hijas, y el mozo
primera causa del daño.
Pero, que me coja un toro,
si antes que pisen el barro
de Gandul, no capitulan,
como Dios tiene mandao.

—Y qué intentas?—

—Poca cosa:
que haga renunsia el lacayo
de la plaza de Remigio,
bien á bien, y que su amo,
sea padrino del chiquillo
resien-nasío.

—Pero hermano,
quedará en esto la broma?—

—En esto, si no encontramos
resistencia, por que entonces
habrá... lo que quiera el diablo.
Mientras yo viva en el mundo,
pueden dormir descansaos
los probes... cuando yo caiga...
En fin lo dicho, tocayo;
ponga usté en esta casucha,

que está de la hermita un paso,
una botella con vino
de la tierra, y cuatro vasos
que pronto güelvo... la noche
vá de sumbío y porraso,
y puede ser que mi gente...
Adios pae Diego...

Y tocando,
levemente con la espuela,
al hijar de su caballo,
entró en el bosque Corriente,
y en su hermita el hermitaño.



II.

LA SORPRESA.

Era una hermosa mañana
del Abril, y las negras sombras
de la noche habian cedido

su imperio á la blanca aurora.

Poco á poco el horizonte,
teñido de azul y rosa,
se enrojeció; los cabreros
abandonaron sus chozas;
cantaban los ruiseñores,
al compas que hacian las hojas
de los árboles, movidas
por la brisa arrulladora
de los bosques; y el camino,
desierto por muchas horas,
brotó, casi por milagro,
una pesada carroza,
tirada por ocho mulas
grandes, valientes y tordas.

¡Cuántas veces quiere el cielo
que duerma bajo las rosas
el venenoso reptil
que al hombre pica ó debora!
¡Cuántas permiten los cielos
que la lúz esplendorosa
del sol, alumbre del crímen
la carrera triunfadora!
¡Quién al ver la grande escena,
que presenta la tortura
senda que á Gandul conduce,

por entre violetas rojas
y olivos y palmas verdes
y pintadas amapolas;
quién habria de sospechar
que, detras de cada hoja,
un hombre escondido aguarda
la ocasion, triste y traidora,
de hacer que elija otro hombre
entre su vida y su bolsa?...

Tranquilamente arreaba
el mayoral á sus tordas,
tendiendo, á veces, el látigo,
mas siempre con mano floja;
y el Marqués del Pino, que era
el dueño de la carroza,
trazaba tranquilamente
mil espediciones locas,
con sus hijas; y el lacayo,
á la zaga y á sus solas,
ya en sus adentros soñaba
con un fortunon de arrobas;
cuando un balazo, tirado
con la intencion bondadosa
de asustar únicamente,
llenó de justas zozobras
al marqués, y á sus dos hijas
tan tímidas como hermosas.

—Alto: gritó un desalmado
bandido, con voz vinosa,
apuntando al mayoral;
y al mismo tiempo una tosca
mano, en la puerta del coche,
clavó sus uñas de loba.

Pensó el marqués defenderse;
mas viendo que era una loca
temeridad, preguntó:

—Qué se ofrece, buena tropa?...

—Abajo!

—Abajo: si es gusto
de ustedes, nadie lo estorba.

—Boca abajo.

—Boca abajo!...

—Lo dicho!

—Si esto acomoda
no hay que replicar: con todo,

si esa órden tan incómoda,
no hablara con mis dos hijas...

—Bueno fuera que una hermosa,
anduviera boca abajo
mientras yo mando en persona!
Las chiquiyas estarán
lo mesmito que las rosas
en su rosal, mientras limpian
mis compañeros las bolsas
del coche... Oye, Cascarrias,
tapa al lacayo la boca,
y amárrale los pulgares,
porque ese pájaro importa...

—Pero, mis hijas...

—Las niñas
corren de mi cuenta!... Ola!...
Y la mayor tiene un cuerpo!...
Sobre que se me alborota
la sangre en las venas... Prenda,
no sea usted tan desdeñosa...
Sobre que me gusta usté,
mucho, muchito! Qué tonta!
Pues no güelve la cabesa
á otro lao!... Salerosa,
Saque usté de penas pronto

á un cristiano... ¡Cachiporra,
y qué guapo bofeton
me encajó en la chirinola!...
Pero no hay remedio; usté
me querrá.....

—Alma de roca,
deje usté en paz á la niña,
que estraña esas palabrotas...

—Señor marqués, si otra vez
echa usté á sonar la trompa,
le machuco á usté los sesos...
Vamos, muchachos, que asoma
la mañana, y no es pruente
que el sol, *tomando*, nos coja...
Por lo mismo, remismito,
que el señor marques se amosca,
no hay remedio... soy el amo...
y la chica me acomoa...

Sabe Dios el resultado
de escena tan ruborosa,
si la presencia de Diego,
arrogante y seductora,
no hubiera impuesto al bandido,
y dado aliento á la hermosa.

—Vamos, Mala-sangre, deja

descansar á la señora
y al avío, que no hay tiempo
que desperdiciar... Ahora,
señor marqués, en la hermita,
que está sobre aquella loma,
nos hablaremos... se trata
de hacer una buena obra,
y no creo que un bandido,
cuyos crímenes asombran,
tenga que enseñar virtudes
á un señor de ejecutoria.



III.

JUSTICIA DE DIOS.

Dos meses han transcurrido,
desde la triste mañana,
en que el marqués y Corriente,
mano á mano y jarra á jarra,
firmaron cierto contrato,
con la fé de sus palabras,

que dió al noble libertad,
y al bandido la esperanza
de ver repuesto á Remigio,
en su viejo empleo de guarda.

Dos meses han transcurrido,
y en aquella misma sala,
sentado Diego Corriente,
al parecer, sin gran calma,
escucha de vez en cuando,
y de vez en cuando traga,
para entretener el tiempo,
vino mezclado con agua.

Las facciones del bandido,
regularmente selladas
con la tristeza, que el crímen
imprime en las nobles almas,
tan grande inquietud demuestran,
que ó medita una venganza,
ó un atroz remordimiento
hace trizas sus entrañas.

De pronto sonaron gritos
sofocados, y á patadas
y á golpes fieros, dos hombres
de malditísima traza,
al noble marques del Pino,

atras las manos atadas,
pusieron en la presencia
de su capitan.....

— Canalla!
(dijo Corriente, rompiendo
contra una mesa, la jarra
en que bebia.) Mis órdenes
no se obedesen?... Se trata
así á un criminal?... Marques,
levante usté mas la gaita,
y mire usté, si se atreve,
á Corriente, cara á cara.

— Corriente!...

—El mismo: ninguno
mas que yo, sobre su espalda,
se echa vengar á los probes,
de vuestras torpes infamias.
Vamos pronto.—Mala-sangre,
di al pae Diego, que lo aguarda
su tocayo... Con que, andando,
vaya fuera la mordasa,
y responda usté, marques...
¿Por qué sin culpa ni causa,
faltó usté á lo prometío
solemnemente?...

—La falta
es de mi administrador.

—Esa disculpa no basta...
Y ¿sabe usté que Remigio,
al verse sin pan ni plata,
cogió la escopeta al hombro
y, en la primera jornada,
fué cogido, y perneó
de la horca á las tres semanas?...
Y ¿sabe usté que los padres,
de Remigio, sin mas causa
que el abandono, murieron
como perros?... qué su amada
espiró de sobre-parto,
y que su hijo descansa
en el sielo, entre sus padres,
que á voces piden venganza?...
Venganza! (repitió Diego,
con voz terrible...) Colmada
la tendrán... si la justicia
de los hombres no se pára
en tus crímenes, la ira
de Dios mi brazo levanta,
y para vengar los probes,
á cada instante me salva.....
Bien venido, pare Diego...
Prepare usté seis palabras

de consuelo, pa ese hombre
que va á morir... Fueran vanas
las súplicas... la justicia
de Dios cumple cuando amaga.

Y antes que el bandido hubiera
vuelto á la hermita la espalda,
sonó un tiro y otro tiro,
y un cuerpo quedó sin alma.







IV.

JUSTICIA DEL HOMBRE.

« Ya se murió mi madrina
la duquesiya de Alba,

que si eya no hubiera muerto,
á mí no me ajusticiaran. (1)

Asi cantaba sus penas,
con melancólico son,
Diego Corriente, la noche
que á su muerte precedió.

La justicia de la tierra,
siempre inexorable, atroz,
cuando se trata de un nombre
que el nacimiento ilustró,
y glacial é indiferente,
cuando resuena el clamor
de un pobre; desde el momento,
que el marques muerto cayó,
dió en perseguir á Corriente,
sin tregua ni compasion.

Preso al fin, su triste suerte
tranquilamente esperó.

Eran las once del dia,

---

(1) Esta mal limada estrofa que se atribuye efectivamente al célebre ladron Diego Corriente y se canta todavía por los bandidos andaluces, que la han conservado por tradicion. Diego Corriente es para ellos siempre un hombre respetable.

y el populacho feroz,
con impaciencia aguardaba
la sangrienta ejecucion.

A la aurora, las tabernas,
que ocupan en su alrededor,
la plaza de S. Francisco,
llenáronse, de hoz y coz,
por artesanos, mugeres
de equívoca profesion,
muchachos de la candela,
quintos, mozas de labor
y otras mil clases y castas,
que Bufon no describió:

¡Curioso es ver, cómo el mundo,
sordo al humano clamor,
bebe, goza y se embriaga,
junto al cadalso feroz,
que un hombre contra otro hombre
sin derecho levantó!

Apenas dieron las doce,
en el lúgubre reloj
de la cárcel de la Audiencia,
Diego Corriente empezó
á bajar las escaleras,
sin indicios de temor.

:

Cuando llegó á la meseta,
como es costumbre, entonó
la *Salve* de despedida
con firme y sonora voz;
y un eco triste y lejano,
que á su canto respondió,
era de sus compañeros
el triste y último adios.

Sonó el cerrojo terrible,
en sus goznes rechinó
la puerta, y Diego Corriente,
bajó el primer escalon,
de la cárcel y la vida,
con paso firme y veloz.

La muchedumbre apiñada,
al mirarle, prorrumpió
en lágrimas y alaridos,
que hirieron su corazon.

—Mira que hermoso!: esclamaba
una muger, y el dolor
cubrió sus ojos de lágrimas,
y su pecho de afliccion.

—Siempre valiente!: decia
una aguardentosa voz,

al través de los curiosos...

—Qué sereno vá!

—Mejor.

—Pobrecito!

— Muy bien hecho.

—Es una injusticia atroz.

—Diego Corriente era el padre de los probes!

—Un ladron no merece otro destino!...

—No me empuje usté.

—Si yó vine antes!...

—Embustero!

—Silencio!

—Toma!...

—Bribon.

—Ay, que me ahogan!

Y la gente,
que mas no necesitó,
corre, y grita y roba y caza
sin escopeta ni huron.

Restablecida la calma,
previo el remedio feroz
de unos cuantos latigazos,
que la tropa sacudió,
siguió el infeliz su marcha
de un parche enlutado al son.

Pronto el fúnebre cortejo
dió la vuelta á la estacion
del Corpus-Criste, y Corriente
junto al cadalso llegó.

Tranquilo subió á la horca,
y en el último escalon
sentado, al pueblo en su ejemplo
quiso dar una leccion.....

Quiso hablar; pero su vista
un momento se fijó,

sobre una muger que estaba
de la plaza en un rincon,
y mudo y cobarde y ciego,
por primera vez tembló.

Era la muger que amaba,
era el moribundo sol
de su vida, su esperanza,
su fé, su gloria, su amor...

Quiso hablar; mas ay! que el labio
á transmitir se negó
los sentimientos que á el alma
desgarraban de dolor.

—« Adiós Teresa, en silencio
su corazon repitió
una y mil veces; la muerte
no conseguirá, mi amor,
separarnos; para el cielo
te cita mi corazon!

Ave María purísima:
el populacho gritó;
sonaron tres campanadas,
y el redoble de un tambor,
puso fin á la agonía
del mas famoso ladron.





EL PAGO DEL PISO

Es inmemorial costumbre
de toda la Andalucía,
que hablen de noche, en las rejas,
los mozos con sus queridas.

No faltan madres que, urañas,

tales costumbres prohiban,
mas cuando mandan las madres,
nunca obedecen las hijas;
que estan las niñas de ogaño
en continua rebeldía,
contra toda ley materna,
si un solo gusto las quita.

Asi es que la hermosa Antonia
hija, cuñada ó sobrina
de un zapatero de viejo,
mas conocido en Sevilla
que Pizarro en el Perú,
rancios amores traía
con Gregorio Mata-siete,
mozo de estampa bonita,
por quien dejó en otros tiempos
sin esperanzas ni vida
á Perico Tentaciones...

Fueron y vinieron dias
y Mata-siete llamaba,
y Antoñuela respondia,
y sonaban los cristales,
y se asomaba la niña,
y eran los hierros testigos
de las promesas mas finas.

Pero el diablo que no duerme
dispuso que de Melilla,
adonde estubo seis años,
por no sé qué fechurías,
volviese al fin Tentaciones,
y que trajese la misma
pasion que, seis años antes,
por Antoñuela sentía.

Cuatro semanas gastó
nuestro hombre, día por día,
en hallar una ocasion
á sus amores propicia.
Dijo, pidió, alegó
cuanto en su favor podia,
sus méritos y servicios
sus esperanzas, perdidas,
sus trabajos en presidio
y su honradez en Sevilla;
pero el necio Tentaciones
ignoraba que las niñas,
suelen ser mas desdeñosas,
cuando se ven mas queridas.

Mientras Perico creyó
que sus males consistian,
en caprichos de mugeres,
ó en locas antipatías,

llevó con paciencia el lance,
mas luego que á su noticia
llegó, que todas las noches
á la ventana venía
de Antonia, un mozo de un barrio
distinto del de la chica,
usando de los derechos
que la costumbre autoriza,
intentó *cobrarle el piso*,
ó partirle la tetilla.

Pagar en Sevilla el piso,
es una costumbre antigua,
reducida á que los mozos,
que buscan y hallan queridas
en otro barrio distinto
del suyo, á pagar se obligan
á los mozos convecinos
de su prenda, la propina
suficiente á derramar
seis vasos de manzanilla,
so pena de sostener
á cada noche una riña,
y de abandonar el campo
si aprecia en algo la vida.

Supo Pedro Tentaciones,
que á las ocho se veian

en la reja los amantes,
y apenas las negras tintas
de la noche sucedieron
á las azules del dia,
rebujandose en la capa
y cubriendose la vista
con el sombrero de alcuza,
la calle de Antonia pisa,
adonde ya Mata-siete
requebraba y seducía
á su chula con palabras
mas tiernas que las natillas.

—Tanto me quieres Gregorio?...

—Qué si te camelo?... Mira:
mándame que ponga en Flandes
si es tu gustaso, una pica:
dime que le arranque á un toro
de Lesaca la divisa,
y ordename, si te peta,
que, de Cádiz á Sevilla,
me pegue diez puñalás
con cualquiera que te embista,
y verás, prenda del alma,
que Mata-siete no olvía,
con las glorias de ser dueño,
su obligacion mas precisa,

que es vivir pa defenderte
y morir porque tu vivas.

—Ay!... gritó Antonia temblando,
y mirando, por encima
del hombro de su querido,
la traicionera sonrisa
de Tentaciones...

—Qué pasa?...
Camará... usté permita,
que me tome la molestia
de desearle mas vista,
pa no tropezar de nuevo,
con quien no sufre cosquillas.

—Camará, me hase usté el gusto
de escuchar dos palabritas.

—Por que nó?... De qué se trata?

—¿Sábe usté lo que se estila
cuando un moso, busca abrigo
fuera de su barrio?...

—Diga,
en plata lo que usté quiere,
y no me canse...

—Qué viva

tiene usté la sangre!

—Mucho.

—Pues acabando. La niña
bien vale cuatro pesetas,
y si usté piensa seguirla
jonjabando, es necesario
que lo pague en Manzanilla
ó en sangre, que á mi lo mismo,
esto que aquello me priva.

—Mi bolsa como mi puño
son de usté...

—Ambas se estiman...
Andando?...

—Andando... Antoñuela
aguarda, que aquí, á la esquina,
voy con este camará
á diligencias precisas.

. . . .

. . . .

Transcurrió un cuarto de hora,
y ya Antonia presentía
mal del lance, conociendo
de Tentaciones la envidia,
cuando juntos y embozados

vió, con gusto, que volvían
los dos antiguos ribales,
hacia su ventana misma.

—Camará, (dijo Perico,
luego que atisvó á la chica,)
si de mi bolsa ó mi braso
alguna vez necesita,
mande como puede á un hombre
que de corazon lo estima.

Y sin decir mas palabras
dobló Perico la esquina,
esplicando con un surco
de sangre, tanta política.

—Qué ha sido? preguntó Antonia.

—Ná entre dos platos.
Que Perico Tentaciones
cobrarme el piso quería,
y yo le he pagao en monea
que guardará mientras viva.



LA MUERTE DEL MOCHILERO. (1)

Al pié de un cerro elevado
y entre dos encinas viejas,
carcomidas por los años
y por la intemperie negras,

(1) Contrabandista pobre.

la vista fija en el monte,
la planta fija en la tierra,
colgada la brida al brazo,
y en el brazo la escopeta,
Curro Atina (asi llamado
por su admirable destreza
para pegar un balazo,
si alcanzase, á las estrellas)
Curro Atina, en sus facciones
desencajadas, revela
que al hombre de mas agallas,
llega un momento en que tiembla.

Nunca Curro ha conocido
lo que miedo ó temor sea,
aunque el resguardo le acose,
ni aunque el resguardo le prenda;
pero lleva en cuatro tercios
de algodon, sobre su yegua,
su fortuna y la fortuna
del dueño de sus potencias,
y antes de dar una hilacha,
por bien ni mal consistiera
que le horadasen cien balas
del pecho las entretelas.

Mas ay! que presto se tornan
en realidad sus sospechas,

y el que era riesgo dudoso
riesgo tan fijo á ser llega,
que apenas dá tiempo á Curro
para montar en su yegua,
requerir rienda y trabuco,
y al viento exhalar sus quejas.

II.

«Hay mas negra fortuniya?...
chineles (1) no son aqueyos?...
Curro! aquí de tus risueyos,
que si la ronda te piya,
es probao,
que te mandan de contao
al beró (2) é San Agustin.
Pim! Pim!...

Ya comiensa el tiroteo
y nengun moso cosío,
que en Triana (3) haiga nasío,
güelve la espalda al jaleo.

(1) Guardas ó alguaciles.
(2) Presidio.
(3) Barrio estramuros de Sevilla á la orilla del Guadalquivir.

Só sagala!.....
Vaya á la ronda esa bala
y balas vengan sin fin.
Pim! Pim!...

Maldita sea mi torpesa!...
por mi endina puntería,
como hay Dios, que meresía
un balaso en la cabesa!....
Mas me afano
sin rason, que á tóo marrano
le yega su San Martin.
Pim! Pim!...

Arda el mundo, que me quemo:
cruja el plomo y no haiga tregua;
con mi trabuco y mi yegua,
venga el mundo, no le temo.
Pepa mia,
¿quién la vida no daria
por tu beyo serafin?...
Pim! Pim!...

¿Quién por tu fila y tu gala
no echa el cuerpo á los caminos?...
Maldita bala!..... asesinos!
perdon para mi Sagala,
que en carrera,

vense á la flecha ligera,
y en fieresa al puerco-espin.
Pim! Pim!..

¡Probe animal, no han valío
á tus pies la ligeresa,
que te han partío la cabesa
y el corason te han partío!...
Jaca güena,
pronto acabará mi pena,
pues, sin tí, cierto es mi fin.
Pim! Pim!...

III.

Y un balazo en los riñones,
herido arrojó por tierra
al pobre contrabandista,
que, viendo toda su hacienda
en manos de los lebreles,
mal dichos guardas de puertas,
fijó en el cielo los ojos
con desesperadas muestras,
y abrazado á su Sagala,
de su suerte compañera,
mandó parte de su alma
á Dios, y el resto á su Pepa.





Vista de Málaga.

EL BARATERO.

Embozado hasta los ojos
y el sombrero hasta las cejas,
con un codo junto al cielo
y el otro junto á la tierra,
hablando poco y al alma
cuando el caso se presenta,

pasa todas las mañanas
de su casa á la taberna,
Miguel Rayo, baratero,
respetado por sus fuerzas
de Málaga y los percheles
al peñon de la Gomera.

Ni es conde, ni es mayorazgo,
ni tiene viñas, ni tierras,
ni ganados, ni fortuna
de clase ninguna cuenta,
pero viste, y triunfa y gasta
y descansa y se pasea,
y nadie le pide un cuarto
ni con nadie tiene deudas.

Si está fria la mañana,
hasta el punto que convenga
tomar un trago, lo pide,
y es de ver la diligencia,
con que le sirven y ofrecen
cuanto pedir quiere ó piensa.

— Montañes, echa las once.

— De qué precio?

— Buena flema!

Del mejor, que yo no bebo
surrapas.

—Vaya.

—Se aprecia.
Jesus y Crnz... Güena boca!...
Apunta...

Y dando una buelta,
y embozandose en su capa,
que ver en la faja deja
media tercia de lenguao, (1)
hacia la playa endereza
sus pasos, y á los corrillos
de jugadores se acerca.

—Esa baraja no sirve:
dice arrojando en la tierra
otra, y clavando el cuchillo
sobre la manta en que juegan.

—Esa baraja (responde
su dueño) sirve, y se prueba
camará, cuando usté diga...

(1) Cuchillo.

—Pa luego es tarde, mi prenda.

—Pues eche usté pá adelante.

—Naita atras me interesa;
con que ya aguardo...

—Corriendo
soy con usté... Hé, Trompeta,
sientate aquí, y los ochavos
recoge mientras yo güelva.
Cudiao, señores, que alguno
me jaga una morisqueta,
porque entonces... como hay cielo,
le aplico al hijar mi tienta.

Suelen ser de estos combates
la natural consecuencia,
que el jaque vá á los infiernos,
y que Miguel se apodera
del impuesto, establecido
por su voluntad suprema.
¡Pobres de los que, jugando
al aire libre, se niegan
á tallar con las barajas
del baratero!... su regla
no admite medio, ó le pagan,
ó pincha y mata y saquea.

Las corridas de novillos,
al baratero presentan
mil ocasiones de hacer
visible su omnipotencia.
Que está cansado y no quiere
ir al Circo por sus piernas...

— Venga una caleza: dice
Manuel Rayo, y la caterva
de caleseros se insulta
mútuamente y se apalea,
por llevar al baratero,
sin un cuarto, en su calesa.

Que llega al Circo y no tiene
con que comprar la boleta...
Pedro, Juan, Antonio, (grita
al primero que se acerca)
compra un asiento de sombra,
luego ajustaremos cuentas.

Y los pillos que el despacho
de los billetes asedian
con la intencion solamente
de limpiar bolsas agenas,
se apresuran á comprar,
sin dar de disgusto muestras,
la entrada de Manuel Rayo

que humildemente le entregan.

En los bailes de candil
guitarras y castañuelas,
el baratero dispone
de lo mejor de las hembras,
que siempre las buenas mozas
de los valientes se prendan.

—Niña me hase usté el osequio
de bailar unas rondeñas
conmigo?—

— Con mil amores!

— Mil grasias... Pero, prinsesa,
parese que el tío Juan Lanas
que tenia usté á la oreja,
se ha disgustao...

—Que rabie.

—Mucho, cariño, se apresia
ese favor...

— Pues, lo dicho:
si no se atreve el babieca,
á disputarme á un güen moso,

que de corage se muera.

. . . .

. . . .

—Cariño, quiée usté decirme,
como pagaré la deuda
de haber conmigo bailao...

—Desoyinando á la puerca
que charla con mi querío...

—Basta... Patron?... Que la gresca
me hace daño... con que mande
usté, que tomen la puerta
toititos los combiaos...

—Pero...

— Si tarda, dies muelas
se traga usté de un sopapo!

—Niñas se acabó la fiesta.

—Porqué tío Pablo?

— Porque
este mosito lo ordena...

— Pues que se largue él si quiere,
que á mi la bulla me peta,
y no me voy hasta hacer
pedazos mis castañuelas. »

En mala hora el Juan Lanas
quiere echarla de fachenda,
porque Miguel que no sufre
de ninguno impertinencias,
contra los duros ladrillos
del suelo le zamarrea.
Gritan, lloran, se sacuden
sin piedad, y en la refriega
el baratero consigue
dar gusto á su dulce prenda.

Por lo demas, Miguel, sabe
que su valor ni sus fuerzas,
le apartarán del camino
de la horca, al que se acerca.

Si tiene sed se emborracha;
si tiene hambre, sus muelas
entran en grato ejercicio,
hasta que repleto queda;
si una *chai* le hace salero,
buenamente la requiebra
y la consigue, sin falta,

pues ninguna le desprecia.
Mientras tiene es un cordero,
mas si le faltan monedas,
con el lucero del alba,
de puñaladas se pega.

Regularmente, (si nó
halla una muerte mas presta,)
el premio de estas hazañas,
y otras distintas de aquestas,
será acabar Miguel Rayo,
bailando sin castañuclas.





ADELANTOS DEL SIGLO.

Tambien entre la gente de sombrero
portugues, ancha faja y capa corta,
entronizada está la indiferencia,
en cuestiones de amores filosóficas.

Hubo un tiempo infeliz en que los hombres
por lograr el afecto de una hermosa,
disputaban su cuerpo á puñaladas,
á vencer ó á morir sus almas prontas.

Mas juiciosos agora, si les petan
los ojos y el andar de una gachona,
presentan sin calor sus memoriales,
y sin dolor reciben dimisorias.

Sirva de ejemplo, en la cuestion presente,
esta declaracion sublime y corta,
que un rufian malagueño, hace dos años,
dirigió en el Perchel á una real mosa.

»Te ví morena y te amé
Como quiée la gente honrá;
Dime *amen*, si te gusté,
Y si nó, no he dicho ná,
Jaste cargo que no hablé.

»Nunca he jandao con chanela,
Si una mosa me camela,
Por ella bajo á un abismo;
Mas si dise, *acá no cuela*,
Me dá, morena, lo mismo.



»Conque, vamos al avío:

Sabe en fin, que te requiero,
Con faitigas, dueño mío,
Que por ti pierdo el sentío,
Y que por tu sal me muero.

»Esta morena es la pura,
Sin cháchara ni palique;
Venga mi güena ventura,
Y, aunque sea mala, locura
Será pensar que me pique.

«Ca si morena te amé,
Al punto que te guipé,
Como quiée la gente honrá,
Si po el ojo no te entré
Piensa que no he dicho ná.»

Así acabó su embite el malagueño;
Mas ¿piensan que se diera por vencida
La buena mosa? No. Plantada en jarras,
Y echando hácia la espalda la mantilla,
Sin pararse un momento, la respuesta
Al majo dió, segun aquí se esplica.

» Si me viste y me adoraste,
Agraesco la mersé;
Mas si nesio imaginaste,
Sin quererme, meresé
Mi cariño, te engañaste.

» Si te ofende la chanela;
Tambien me disgusta á mí,
Y nunca en mi afeto cuela,
Quien con ansias no camela
Vogar en mi serení.

» Conque vamos al avío:
Sabe en fin que te requiero,
Por que tu dises, bien mío,
Que te peta mi salero
Y pierdes por mi el sentío.

Esta, moreno, es la pura
Sin cháchara ni palique,
Esa es tu güena ventura,
Y no tengas por locura,
Que segun jablas, me esplique.

Cá si moreno te amé,
Porque amada me guipé,
Como quiée la gente honrá,
Si al fin mi cuerpo te jiée,
Piensa que no he dicho ná.»

Diga el lector si á gente que se esplica
con tanta claridad y desparpajo,
se la puede negar, que son profundos
en la ciencia de amor sus adelantos.

Adelantos del siglo, son lectores,
el cinismo, la mofa y el descaro,
con que hombres livianos y mugeres,
tratan de los afectos mas sagrados.

Pero, voto al demonio! quien se mete
á dar lecciones de moral?... ¿Acaso,
por que mucho les digan, las mugeres
seran constantes ni los hombres santos?

Seguramente no. Pues de tal suerte
haga cada uno de su capa un sayo,
que si hoy vencida vá la hipocresía,
y hablan las niñas por fortuna claro,
quien sabe si mañana no echaremos,
su virtud y su amor constante, al diablo.





BODAS Y ENTIERROS.

I.

Sevilla 11 de 184...

Compare, me alegraré,
que al recibo de esta carta,
gose usté de igual salú,

que su mare, que Dios haiga;
en compañía de Teresa,
la vendeora é tenazas,
que lo tiene á usté cogío
por mitá de las entrañas.
Ay compare de mi vía!
usté no sabe las ansias,
que paesco, desde el punto,
que usté se largó á Chiclana.

¿Se acuerda usté de Carmela
la gitaniya de marras,
aqueya que fría guñuelos
en Santa María de Grasia (1),
aqueya, que me tenía
lo mesmito que unas gachas,
con su porte y su meneo,
y su sandunga y su labia,
aqueya, caiga usté muerto,
espichó como una rana.

Oiga usté compare y diga,
si tengo rason sobrada,
colgaito de una ensina,
pa bailar la sarabanda.

---

(1) Convento de religiosas, situado en el centro de Sevilla.

Estaba yo con el Nene,
apurando cuatro cañas
de Sanlucar, la otra tarde,
junto al puente de Triana,
cuando vino la tía Gancho,
y me dijo: Pepe, anda,
si quieres ver á Carmela,
porque la probe se larga.

Compare, creamelo usté,
pero el buché que pasaba
entonces por mi gañote,
como si fuese una bala
de cañon, en el estogamo
me abrió un boquete de á vara.

El Nene quiso etenerme;
pero yo, que camelaba
á la jembra, con faitigas
negras, trincando la capa,
antes de decir Jesus,
me puse junto á su cama.

. . . .
. . . .

En fin, compare, espichó,
como espichan las gitanas,
llevandose con sus cuerpos,

de sus gachones las almas.

Entonces, mientras vistían
á la difunta de gala,
con los pelos estendíos,
y la corona, y la palma,
dí la güelta, con mis penas,
de su familia á la sala.

Ayí viera usté compare,
como las jembras lloraban,
y los hombres maldesían
de su fortuna tirana!

—Que lástima de prinsesa,
muerta en la flor de sus grasias!:
saltó la prima del Surdo
arañandose la cara.

—Probesita!

—Mala muerte
coja al ladron, sin criansa,
que no se muera de pena,
cuando sepa esta desgrasia.

— Ya se murió la alegría

del mundo!

—Que no acabara,
hecho peasos, el méico,
que no cura unas tersianas!

. . . .
. . . .

—Señores, basta de yanto!
gritó la Carrajolana (1),
güeno está lo güeno; pero
la chiquiya era una Santa,
y si está en el quinto sielo
no hay pa que erramar mas lágrimas.

—Dice bien Pepa!

—Quién dúa
que tiene rason? Tío Chancla,
meta usté mano á la bota,
que el dolor seca las gaitas.

. . . .
. . . .

Asombrese usté compare!
¿Sabe usté que hiso la taifa

(1) Vecina de la Carretería, barrio estramuros de Sevilla.

mientras, la probe Carmela
del diablo ó de Dios gosaba?...
Comparito, emborracharse!

Imagine usté las ansias,
que pasé, viendo lo poco
que de mi *chai* se acordaban!

En fin, compare, acabó
la tia Gancho su mortaja
y nos llamó... ¡Ay compare,
ni Santa Rita de Casia,
mas hermosa paresía,
que mi prenda amortajada!

Una boteya de vino
de Jeréz, y media hogasa
de pan blanco y una sura (1)
para el dueño de la barca, (2)
eran toas las provisiones,
de mi prenda idolatrada.

Comparito, el corason

(1) Peseta.

(2) Entre los gitanos créen todavía por tradiccion en las necesidades fisicas de los difuntos, y en la precision de pagar el pasage en el infierno. Confieso que esta costumbre no es la mas generalizada.

se me hase trosos, y el alma,
cuando pienso que en el mundo
no veré mas á mi chaira.
Cuando esto pienso, compare,
y que bajo la guáaña
de la muerte, no he caío
antes de sufrir su falta,
me dirijo á la boega
de mi primo Juan Carpanta
y, trincao de un barril,
no termino mis plegarias,
ni mi yanto por Teresa,
mientras queda al barril, lágrima.



BODAS Y ENTIERROS.

II.

CHICLANA 20 DE OCTUBRE DE 184.....

Compare, á la mesma hora,
que usté me anunsió la muerte

de la jembra mas hermosa,
que tuvo Sevilla y tiene,
estaba yó con Teresa,
camino de S. Vicente,
pa casarnos, segun manda
Dios, y el mundo lo previene.

Compare, mucho he sentío
su desgrasia, pero deje
usté las penas á un lao,
que es justo que ahora se alegre
con mis dichas, como á mí
sus pesares me entristecen.

Iba la luz de mis ojos,
con un vestío seleste,
y una mantilla de punto,
y unas zapatillas verdes,
que era una gloria mirarla,
desde el zapato al copete.

Yo, como usté puée pensarlo,
iba vestío á lo terne,
con botines, capa corta,
y marsiyé de cabetes.
La novia ademas llevaba,
sortijas, coyar, pendientes
y pulseras, que es muy justo,

que lo lusca quien lo tiene.

Señó Pepe, no es posible,
que usté ni siquiea sospeche,
la bulla que ha hecho mi boa,
entre aquestas probes gentes.
Como no me falta un peso,
ni para gastarlo frente,
ayí viera usté la chusma
que, á cualquier parte que fuese,
seguia mi coche... Compare,
lo menos cincuenta veces,
abrí la faja y pagué
mas vino, que vino tienen
las bodegas de Jerez,
Valdepeñas y Tembleque.

Paso compare en silensio,
las bendisiones y aperges,
que sufren los probes novios
cuando se casan: parese
que anda el diablo en el negosio,
segun bendisiones llueven.

Salimos pues de la iglesia,
y entre amigos y parientes,
si diez y ocho no entramos
en mi coche, entramos veinte:

la tía Roña, Cascarriñas,
el Tiñoso, Juan No-teme,
la novia, el pare, el padrino
la madrina, y otros nenes,
que hase tiempo que en presiyo
reservado un sitio tienen.
Como el coche se acababa
y chorreaba la gente
todavía, mandó el bato, (1)
que al pescante se subiesen
los chavales, de manera,
que al fin solo diez y siete
quedamos dentro del coche,
que fué milagro patente.

Los chiclaneros, que nunca
vieron con ojos alegres,
que á cargar con la mas guapa
chiclanera yo viniese,
comiendose de coraje
las ensias con los dientes
toda su tirria mostraron
al ver mi triunfo solene.

—Mira que escuchumisao

(1) Padre.

vá el novio! (decian.)

—No tiene

dos adarmes de sustancia.

—Mala boda...

—Que se queje

Teresa á Ponsio Pilato,

si la nues la sale verde.

—Y la novia? —Probecita!

Como hay Jesus, que la quiere

mal quien la vistió!

—Qué risa!

Si entre rosas y claveles

lleva quince!

—Y tres coyares!

—Y dos pares de pendientes!

—Y sortijas de abalorios,

en los diez dedos!...

—Y un peine

de cuerno, y otro de concha,
y otro de piedras!

— Tío Retes,
¿Sábe usté cuantas personas
van en el coche?...

— Nó.

— Veinte
por lo menos.

— Jesucristo!
ni las sardinas arenques!»...

Hasta aquí llegó la chusma
con sus insultos; mas créen
que se dió por satisfecha?...
Pues se engaña quien lo piense.
Con pitos, flautas, cencerros,
esquilones y almireses,
tal baraunda formaron,
formaron tal sonsonete,
que sonará en mis oidos,
aunque pasen treinta meses.

Compare llegué al *palacio*
de mi suegro, y aquí tiene,

tras de tantos sinsabores,
prinsipio mi güena suerte.

Como es antigua costumbre,
que naide á turbar se atreve,
los parientes de Teresa,
que avelan largos parneses, (1)
quién mas, quién menos, toítos
pagaron su contingente.

Inútil jusgo desir,
si el vino de Pajarete
corrió, si corrió mistela,
si hubo de sobra aguardiente,
con masa frita y guñuelos;
que en los lances como aqueste,
cuanto tiene un hombre gasta,
si no gasta mas que tiene.
Llegó la noche y... Compare,
ni la Virgen de los Reyes
mas hermosa que Teresa,
ha sío nunca, ni ser puede.
¡Ay, compare, que miráas
me echaba de rechupete!
¡Qué remona y que salada
que retozona y que alegre!

---

(1) Que tienen mucho dinero.

La cama!—siento compare,
que la franquesa me fuerse
á contar casos y cosas,
que la historia calla siempre.
Sobre un tablado de pino,
pintado al olio de verde,
con siete cuartas de altura
y un espaldar de otras siete,
llenos de flores y gasas
de colores diferentes,
cinco colchones, brindaban
descanso á mi amor creciente.

. . . .

. . . .

Rogué, negó, de roiyas
la adoré, sufrió vaivenes,
y... amaneció: los padrinos
nos dieron el aguardiente,
y esta compare es la hora,
y este dia hace dos meses,
que los trapos de Teresa
estan de un clavo pendientes. (1)

Compare, si de mi afecto

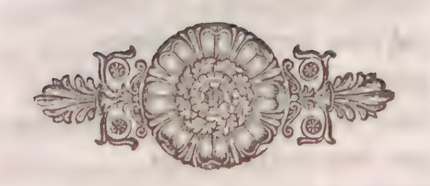
---

(1) Esto necesita esplicacion. Es fija costumbre entre los gitanos que las ropas de novia han de ponerse á la espectacion de vecinos y amigos al dia siguiente del casamiento.

tiene dúa, si usté quiere
que yó le esplique mi dicha
en dos pinceladas, eche
la vista al pie de esta carta,
donde amorosos encienden,
dos corazones de almagra,
llamas de palo campeche.

Con esto y con desearle
consuelo á sus padeseres,
compadre, acabo mi carta,
y hasta mas ver—De usted siempre.





PARTIDA SERRANA. (1)

(**Leyenda.**)

I.

Al fin de una estrecha calle,
del barrio de los Humeros,
pobre arrabal de Sevilla,
del Guadalquivir costero,

(1) Mala accion.

se elevaba, hace ocho años,
un casucho pobre y viejo,
donde Anselma, la Serrana,
(el mas hermoso pellejo
que enjendró la Andalucía,)
daba audiencia á sus cortejos,
por una ventana baja,
chica y cruzada de fierros.

¡Bien haya, amen, la costumbre,
que autoriza al galanteo,
sin mas luz que las estrellas,
ni otro testigo que cielel o.

II.

Era una noche de octubre,
noche de lluvia y de viento,
triste, oscura y silenciosa.....
Alguna vez, á lo lejos,
escuchábase el graznido

de las cornejas, y el cierzo
alguna vez sacudia,
con ruidoso movimiento,
las veletas de las torres,
y las tejas de los techos.
Delante de un crucifijo,
de telarañas cubierto,
miedosamente alumbraba,
con moribundos reflejos,
en la esquina de la calle,
un farol sucio y pequeño.

Que en las sombras de la noche,
ni del sol al claro fuego,
al ojo de Dios se oculta,
cuanto abarcan tierra y cielo.

III.

Sonaron fuertes pisadas

al fin de la calle, y luego
Anselma abrió la ventana,
y un galan llegó á los hierros.

—Me aguardabas?...

—Con mas ansia,
que esperan llegar al puerto,
tras de horrorosa tormenta,
los cansados marineros:
que eres tú, Manuel del alma,
pa el barquiyo de mi pecho,
brújula que al puerto guia,
salvacion, bonansa y puerto.»—

¿Por qué mienten las mugeres
tan cariñosos estremos?
¡Necio del hombre que fía
en sus falsos juramentos!



Anselma, la Serrana.



IV.

— Anselma, (contestó el majo,
aplicando un dulce beso,
al labio de su gachona,)
por mereser tus afetos
y tus brasos, despreciára,
yo hasta el trono de los cielos!
Mas, ay! que á veces las jembras,
son como los caramelos
de carnaval, dulces fuera,
y acibar solo por dentro!

—De mí dudas?

— ¿Cómo nó
dudar, cuando tu silencio,
siempre que celoso jablo,
viene á otorgar lo que temo?

—Manuel, tu labio me ofende.
¡Yo abrir á otro amor mi pecho
cuando llenan tus amores
mi corazon de contento?
¿Por quién, si por ti no fuera,
dejara agora mi lecho,
ni diera su dulce abrigo,
por la lluvia y el sereno?...

Luz de mis ojos, encanto
de mi alma, fé y consuelo
de mi vida, nó, no temas,
que falte á sus juramentos,
quien vive por que tú la amas,
quien morirá sin tu afecto! »...

¡Palabras dulces que al alma
embriagan de contento!
¡Mentiras, que el desengaño
de triaca hace veneno!

V.

Aquí los tiernos amantes
llegaban, de placer ebrios,
cuando un lejano ruido,
mas aunque lejano, cierto,
robó el color á la moza
y en guardia puso al mancebo.

—Entra, (dijo Anselma) y guarda,
con tu ausencia mi secreto,
que es el honor quebradiso,
y andar en lenguas no quiero.—

¡Mal haya la hipocresía,
mal haya el disfraz ratero,
con que el sexo mas hermoso,
cubre sus vicios mas feos!

VI.

Entró Manuel en la casa
de su adorado tormento,
y, al mismo tiempo, en la calle
dos bultos aparecieron.
Poco á poco se acercaron,
y frente á frente á los hierros
de Anselma, siempre embozados,
se observaron en silencio.

—Quién vá?... (preguntó por último
con voz y ademan resueltos
uno de los dos.)

—La mesma
pregunta hacer es mi intento.
Qué gusca usté en esta caye?...

—Aunque, con rason, me encuentro
pá cayar, entre dos hombres
está seguro un secreto.
Yo camelo á la real mosa
que vive aquí.—

—Y yo me muero
por sus peasos tambien.

—De la noticia me alegro;
mas saque usté la herramienta,
y, en dos menutos, veremos,
quien se lleva el gato al agua...

—No me opongo; pero entiendo,
que es el mas sierto camino,
que Anselma elija á su dueño,
y al que el Señor se la dé,
se la bendiga San Pedro.

—Eso se llama en mi tierra
perder, comparito, el tiempo.
Sepa usté que toas las noches,
á la oracion, es mi cuerpo,
quien recibe en esta reja
de Anselma los juramentos.

—Pues sepa usté, que á las ánimas,

aunque se jundan los sielos,
Anselma, toitas las noches,
me camela po estos jierros.

—Entonces, camaraiya,
el camino, que yo tengo
por mas corto, es que uno ú otro
no güelva mañana al puesto.—

Y empuñando las navajas,
con rencor y enojos fieros,
por una y muchas heridas,
la sangre corrió sin freno!...

¡Infelices! ignoraban,
que este sacrificio inmenso,
una traicion recibía,
villanamente, por premio.

VII.

—Cristo de la buena muerte!:
dijo con amargo acento,
uno de los combatientes,
lanzando un grito y cayendo...

—Qué me muero! confesion!.:...

A estos ayes lastimeros,
Anselma salió, y sus ojos
fijó en el herido cuerpo...

—Quién és?...: su dichoso amante
la preguntó desde adentro...

—Un borracho: contestó
la serrana, y sonriendo

cerró la reja y buscó,
con cariñosos estremos,
en los brazos de su amante,
descanso, placer y sueño.

El moribundo que oyó
la voz de Anselma, en el cielo
clavó indignado los ojos,
y espiró triste diciendo:

¡Mas que la muerte, el engaño
de una muger rasga el pecho!
¡Necio del hombre que fía
en sus falsos juramentos!





Vista de Granada.

RECUERDOS DE ANDALUCIA.

Sevilla ! Guadalquivir
como atormentais mi mente !...
(D. Alvaro--A. de S. D. de R.)

A... M. A. J...

Patria, hermanos, madre, y todo
cuanto embellece la vida,
cuanto hay mas dulce y mas santo

para el hombre, mi desdicha
me arrebata, al separarme
de la hermosa Andalucía.

¿Y es cierto que ya mis ojos
no veran mas las campiñas
de Córdova, ni las nieves
de las sierras Granadinas,
ni los azulados mares
que á Málaga divinizan,
ni las fuentes ni las flores
de la encantada Sevilla?

Sevilla! tristes recuerdos
que al corazon martirizan!
Allí de mi dulce infancia
transcurrieron las perdidas
horas; allí de mis padres,
gozé las tiernas caricias;
allí amé la vez primera!...
Y èl término de mis dichas
cual fué?... qué premio tuvieron
mis amorosas fatigas?...
Engaño, traicion, perjuicio!

Patria del alma, si un día
vuelvo á pisar tus verjeles,
vuelvo á respirar tu brisa,

no me recuerdes las horas
de misteriosa agonía,
en que, al travęs de cristales,
soñaba ver la divina
luz del sol, y hondas tinieblas
al mundo entero envolvían:
no me recuerdes las noches,
que pasé entre las delicias
de una fuente que murmura,
de una flor que aromas brinda,
de un fanal que luz derrama
y de mil aves que trinan:
no me recuerdes tus zambras
musulmanas todavía,
ni tu paseos sembrados
de rosas y clavellinas,
ni tus frescos melonares,
ni tus haciendas de olivas,
ni tus ventas, ni tus huertos,
nada en fin, patria querida
que al recordar tus encantos
patentize mi desdicha!
¡Mas que yo feliz mil veces
la estrangera golondrina,
que del Africa, á las playas
de la hermosa Andalucía,
todos los años retorna,
voluntaria peregrina!...

¿Porqué mi infeliz destino,
del bien que adoro me priva...

. . . .
. . . .

Ay nó!: tambien las arenas,
tambien las verdes orillas,
que acaricia el Manzanares,
con su plateada linfa,
encantos para mi alma
tienen de grande valía...
Una muger... mas ¿qué importa,
que hermosa y pura y divina
afrente al sol con sus ojos
y al clavel con sus mejillas?...
¿Qué importa que de sus labios
mi existencia suspendida,
yo exista para adorarla,
y para amarme ella exista?
¿Dónde escuchar de su boca,
mil promesas repetidas
de amor, dulces juramentos,
é inmaculadas caricias?...
¿Cuándo ceñidos los brazos,
con débil planta, indecisa,
recorrerémos los bosques
de seculares encinas,
y por la brisa arrullados,

tras deliciosas fatigas,
venir veremos la muerte,
rindiendo al placer la vida?...
Aquí no hay bosques, no hay fuentes;
no hay mas que arenas malditas,
aguas turbias, pedregales
huracanes y cenizas.

. . . .
. . . .

Ven', mi amor, los campos deja
que tu hermosura marchitan...
Corre á buscar bajo un cielo,
siempre azul, la paz, la dicha
del corazon... donde quiera
que tu pensamiento elija,
allí naceran las flores
bajo tu planta divina.
Donde tu estes, mas hermosa
lucirá la luz del dia;
seran mas bellas las noches,
si á sus estrellas, unidas
parecen las de tus ojos;
y no temerán las iras,
de los fieros aquilones,
las desoladas campiñas,
cuando de tus rojos labios
salga la apacible brisa.

Sevilla, Cádiz, Granada;
Córdova y Jaen, nos brindan,
con sus deliciosos *cármenes*,
con sus fértiles campiñas,
con sus bosques perfumados,
con sus mares, con sus brisas,
placer, ventura y reposo,
y eterno amor y delicias.



INDICE.

Romances.	Fólios.

FÉ DE ERRATAS.

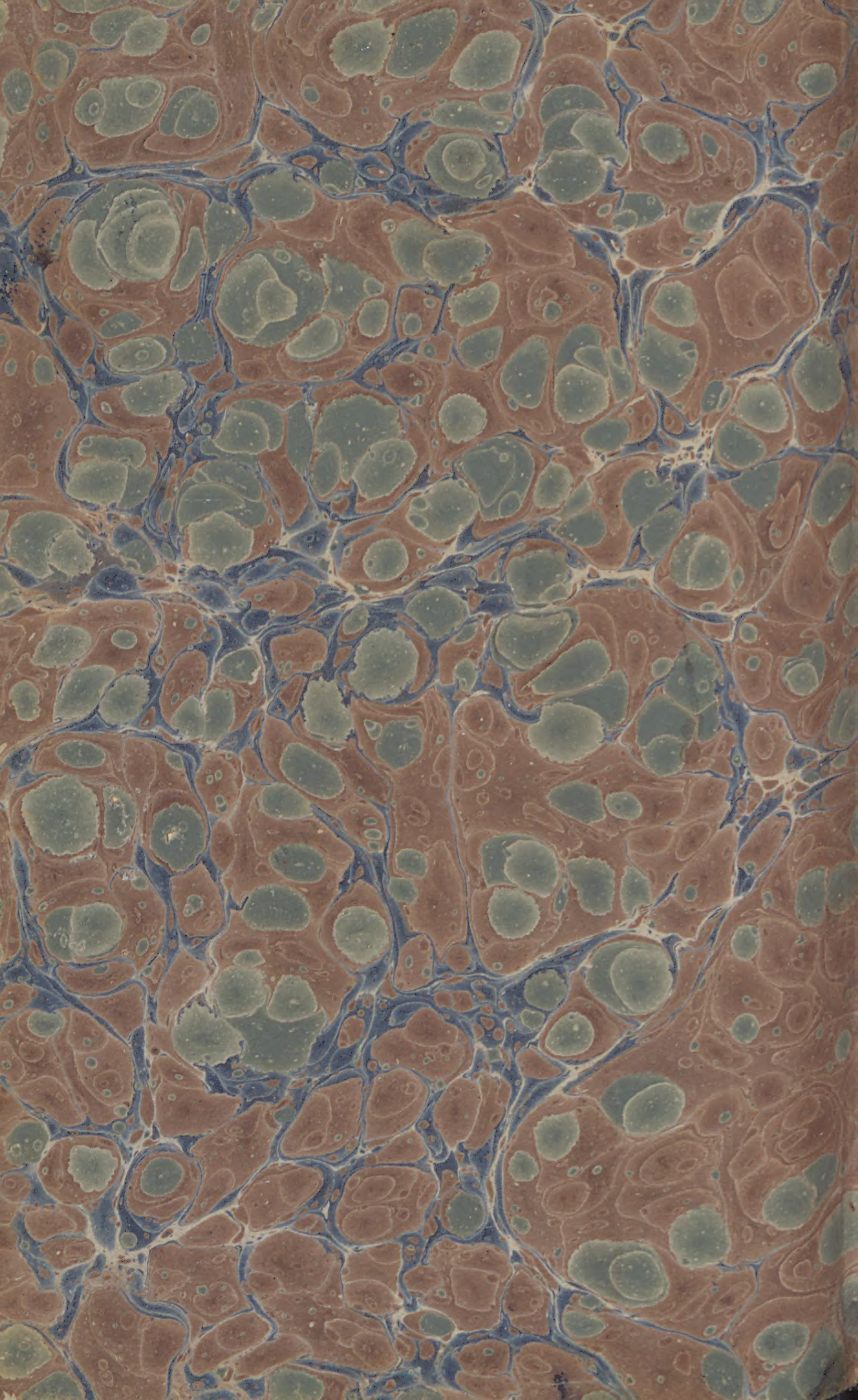
Páginas.	*Líneas.*	*Dice.*	*Debe decir.*
19	12	Suprime	suprime
36	6	Sobreumbral	sobre el umbral
49	2	risueño	risueyo
74	19	terrunos	terruños.
95	7	escarfa	escarva.
138	22	menudeo	menudo.
140	19	agua	(*suprímase esta palabra.*)
142	4	ta última	la última.
144	3	arratrundi	arrastrundi
144	11	equivale un	equivale á un
144	13	sepa	(*suprímase esta palabra.*)
150	14	círculoquios.	circumloquios.
151	5	Y ná mas...	—Y na mas.
171	2	carta	casta.
181	4	ya poyo	y apoyo
182	18	acompañan	acompaña.
190	12	sabre	sabré.
197	25	tortura	tortuosa.
214	15	Criste	Christi.
215	11	que á el	que el
218	5	continua	contumaz.
220	23	y de	ó de
229	24	si aprecia en algo	si en algo tienen
222	8	Camará	Camarada.
224	15	Entre dos platos.	Entre dos platos: mi vida.
233	5	hablando	y hablando
251	10	buché	buche.

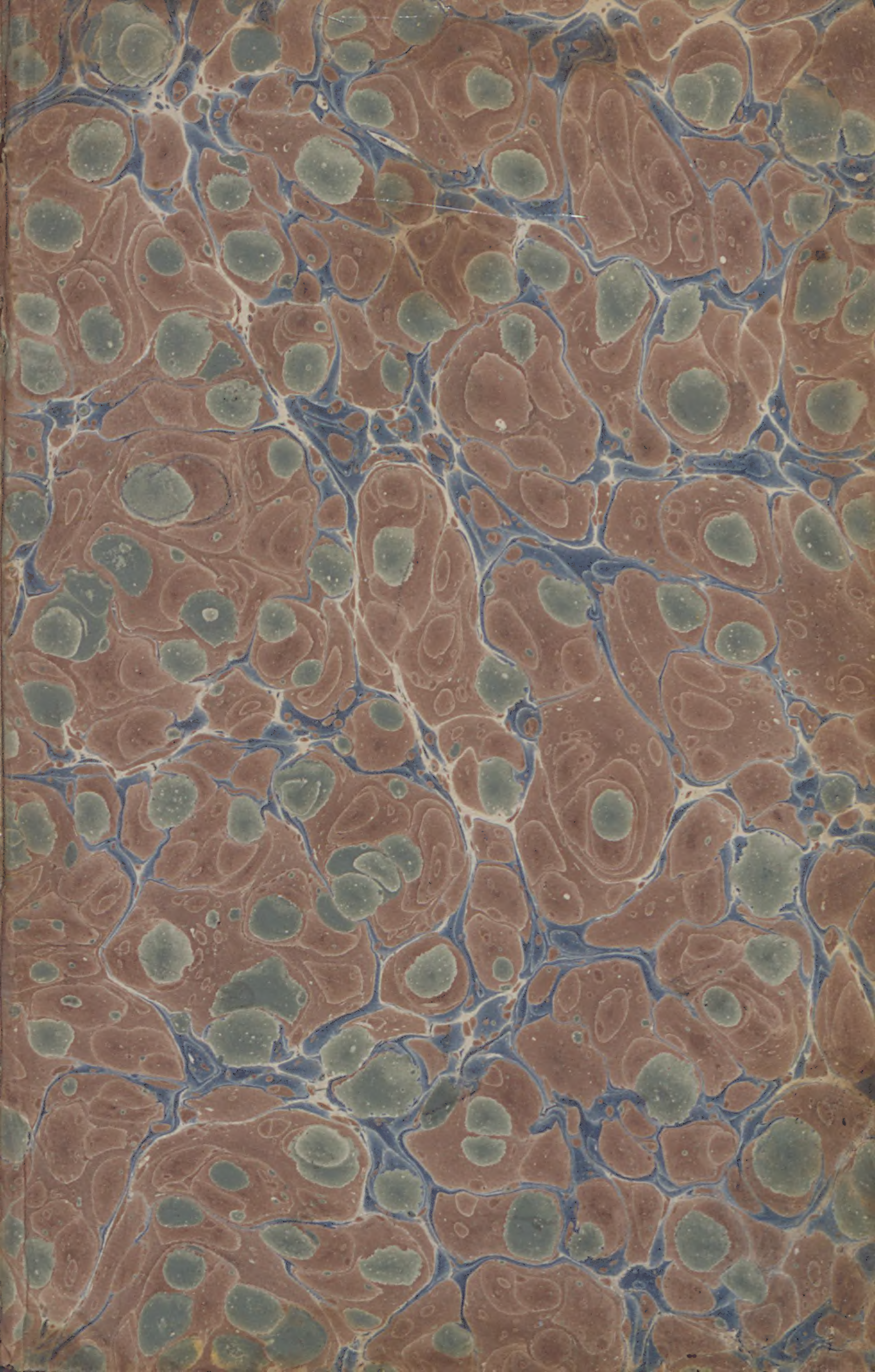
PUNTOS DE VENTA.

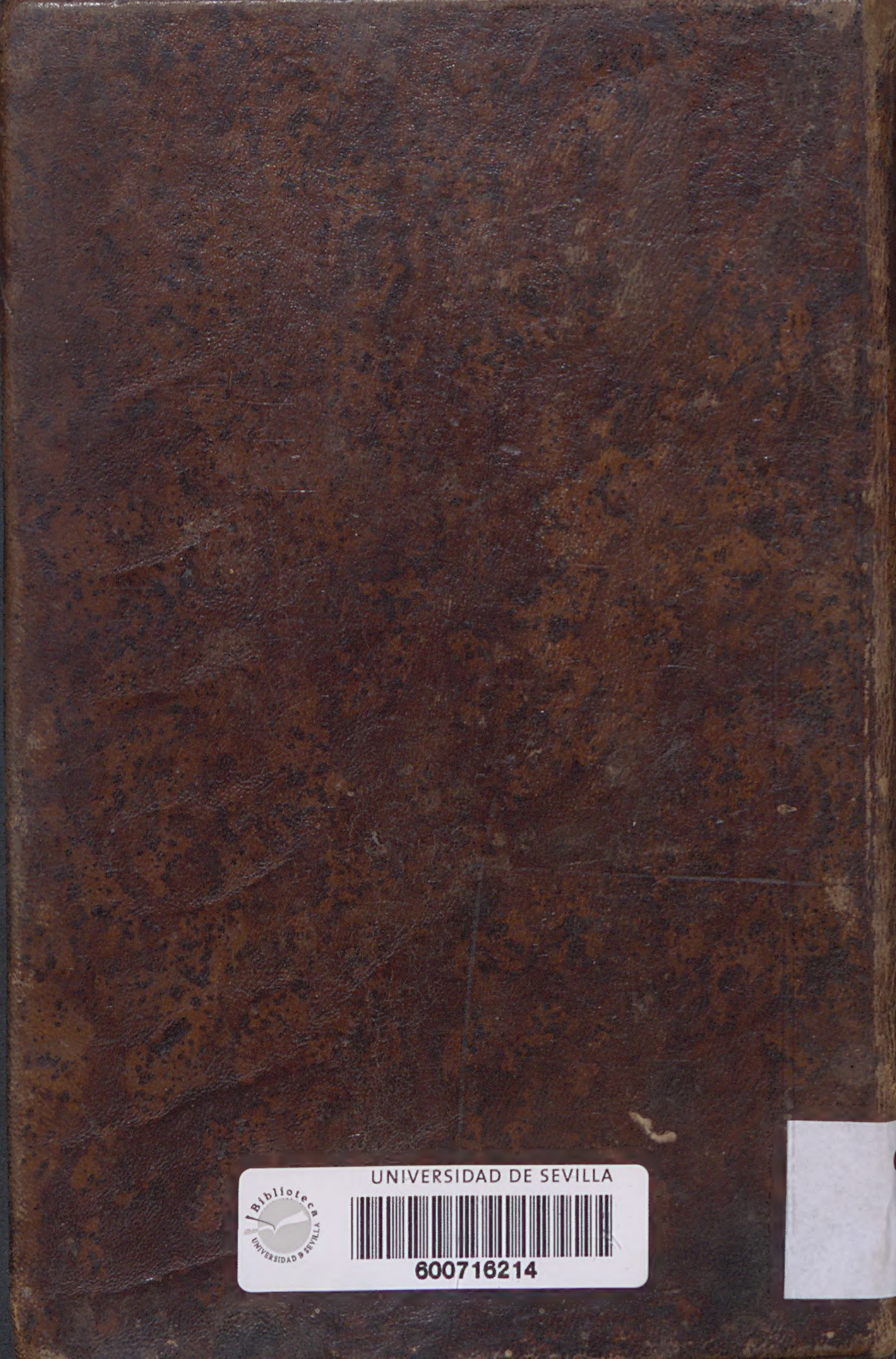
Alicante	*Champourcin.*
Andujar.......	*Reyes.*
Algeciras.....	*Monet.*
Avila..........	*Aguado.*
Baeza.........	*Alhambra y Jareño.*
Burgos........	*Arnaiz,*
Badajoz.......	*Viuda de Carrillo.*
Barcelona	*Piferrer.*
Bilbao.........	*Mas.*
Cadiz..........	*Moraleda.*
Córdova .....,	*Berard.*
Coruña........	*Puga.*
Carmona......	*Gascon.*
Ecija...........	*Bazquez.*
Granada.......	*Sanz.*
Huelva	*Galvez.*
Jaen............	*Orozco.*
Jerez	*Argüelles.*
Lugo............	*Pujol.*
Logroño.......	*Ruiz.*
Málaga	[illegible]
Murcia	*Gaspar.*
Medina Sidonia..........	*Rosso.*
Moron.........	*Escacena.*
Oviedo........	*Longoria.*
Orense	*Novoa.*
Puerto de Santa María....	*Palma.*
Pamplona.....	*Erasum.*
Palma	*Gilabert.*
Sevilla	*Alvarez y compañia.*
S. Fernando..	*Diaz.*
Santander	*Riesgo.*
Salamanca....	*Oliva.*
Santiago	*Rey Romero.*
Toledo	*Soria.*
Valencia......	*Navarro.*
Valladolid....	*Rodriguez.*
Vitoria	*Ormilugue.*
Zaragoza......	*Yagüe.*

En Madrid: librerías de Monier, Carrera de S. Gerónimo; de Hidalgo, calle de la Montera; de Castillo, calle de Carretas; y de Vila plaza de Sto. Domingo.








UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600716214


POESIAS
ANDALUZAS